

por parte de Dios, *el misterio del don*, aquella incesante donación de la vida divina por el Espíritu Santo. ¿De quién será la victoria? De quien haya sabido acoger el don.

56. Por desgracia, la resistencia al Espíritu Santo, que San Pablo subraya en la *dimensión interior* y subjetiva como tensión, lucha y rebelión que tiene lugar en el corazón humano, encuentra en las diversas épocas históricas y, especialmente, en la época moderna su *dimensión externa*, concentrándose como contenido de la cultura y de la civilización, como sistema filosófico, como ideología, como programa de acción y formación de los comportamientos humanos. Encuentra su máxima expresión en el *materialismo*, ya sea en su forma teórica —como sistema de pensamiento— ya sea en su forma práctica —como método de lectura y de valoración de los hechos— y además como programa de conducta correspondiente. El sistema que ha dado el máximo desarrollo y ha llevado a sus extremas consecuencias prácticas esta forma de pensamiento, de ideología y de praxis, es el materialismo, dialéctico e histórico, reconocido hoy como núcleo vital del marxismo.

Por principio y de hecho el materialismo *excluye* radicalmente la presencia y la acción de Dios, que es espíritu, en el mundo y, sobre todo, en el hombre por la razón fundamental de que *no acepta su existencia*, al ser un sistema esencial y programáticamente ateo. Es el fenómeno impresionante de nuestro tiempo al que el Concilio Vaticano II ha dedicado algunas páginas significativas: el ateísmo (242). Aunque no se puede hablar del ateísmo de modo unívoco, ni se le puede reducir exclusivamente a la filosofía materialista, dado que existen varias especies de ateísmo —y quizás puede decirse que a menudo se usa esta palabras de modo equívoco—, sin embargo es cierto que un materialismo verdadero y propio, entendido como teoría que explica la realidad y tomado como principio clave de la acción personal y social, *tiene carácter ateo*. El horizonte de los valores y de los fines de la praxis, que él delimita, está íntimamente unido a la interpretación de toda la realidad como “materia”. Si a veces habla también del “espíritu” y de las “cuestiones del espíritu”, por ejemplo en el campo de la cultura o de la moral, lo hace solamente porque considera algunos hechos como derivados (epifenómenos) de la materia, la cual según este sistema es la forma única y exclusiva del ser. De aquí se sigue que, según esta interpretación, la religión puede ser entendida solamente como una especie de “ilusión idealista” que ha de ser combatida con los modos y métodos más oportunos según los lugares y circunstancias históricas, para eliminarla de la sociedad y del corazón mismo del hombre.

Se puede decir, por tanto, que el materialismo es el desarrollo sistemático y coherente de aquella “resistencia” y oposición denunciados por San Pablo con estas palabras: “La carne tiene apetencias contrarias al espíritu”. Este conflicto es, sin embargo, recíproco como lo pone de relieve el Apóstol en la segunda parte de su máxima: “El espíritu tiene apetencias contrarias a la carne”. El que quiere vivir según el Espíritu, aceptando y correspondiendo a su acción salvífica, no puede dejar de rechazar las tendencias y pretensiones internas y externas de la “carne”, incluso en su expresión ideológica e histórica de “materialismo” antirreligioso. En esta perspectiva tan característica de nuestro tiempo se deben subrayar las “apetencias del espíritu” en los preparativos del gran Jubileo, como llamadas que resuenan en la noche de un nuevo tiempo de advenimiento, donde al final, como hace dos mil años, “todos verán la salvación de Dios” (243). Esta es una posibilidad y una esperanza que

la Iglesia confía a los hombres de hoy. Ella sabe que el encuentro-choque entre las “apetencias contrarias al espíritu” —que caracterizan tantos aspectos de la civilización contemporánea, especialmente en algunos de sus ámbitos— y las “apetencias contrarias a la carne”, con el acercamiento de Dios, con su encarnación, con su comunicación siempre nueva del Espíritu Santo, puede representar en muchos casos un carácter dramático y terminar en nuevas derrotas humanas. Pero ella cree firmemente que, por parte de Dios, existe siempre una comunicación salvífica, una vida salvífica y, si acaso, un salvífico “convencer en lo referente al pecado” por obra del Espíritu.

57. En la contraposición paulina entre el “espíritu” y la “carne” está incluida también la contraposición entre la “vida” y la “muerte”. Este es un grave problema sobre el que se debe decir ahora que el materialismo, como sistema de pensamiento en cualquiera de sus versiones, significa la *aceptación de la muerte* como final definitivo de la existencia humana. Todo lo que es material es corruptible y, por tanto, el cuerpo humano (en cuanto “animal”) es mortal. Si el hombre en su esencia es sólo “carne”, la muerte es para él una frontera y un término insalvable. Entonces se entiende el que pueda decirse que la vida humana es exclusivamente un “existir para morir”.

Es necesario añadir que en el horizonte de la civilización contemporánea —especialmente la más avanzada en sentido técnico-científico— los signos y señales de muerte han llegado a ser particularmente presentes y frecuentes. Baste pensar en la carrera armamentista y en el peligro, que la misma conlleva, de una autodestrucción nuclear. Por otra parte, se hace cada vez más patente a todos la grave situación de extensas regiones del planeta, marcadas por la indigencia y el hambre que llevan a la muerte. Se trata de problemas que no son sólo económicos, sino también y ante todo éticos. Pero en el horizonte de nuestra época se vislumbran “signos de muerte” aún más sombríos; se ha difundido el uso —que en algunos lugares corre el riesgo de convertirse en institución— de quitar la vida a los seres humanos aun antes de su nacimiento, o también antes de que lleguen a la meta natural de la muerte. Y más aún, a pesar de tantos nobles esfuerzos en favor de la paz, se han desencadenado y se dan todavía nuevas guerras que privan de la vida o de la salud a centenares de miles de hombres. Y, ¿cómo no recordar los atentados a la vida humana por parte del terrorismo, organizado incluso a escala internacional?

Por desgracia, esto es solamente un esbozo parcial e incompleto del cuadro de muerte que se está perfilando en nuestra época, mientras nos acercamos cada vez más al final del segundo milenio cristiano. Desde el sombrío panorama de la civilización materialista y, en particular, desde aquellos signos de muerte que se multiplican en el marco sociológico-histórico en el que se mueve, ¿no surge acaso una nueva invocación, más o menos consciente, al Espíritu que da la vida? En cualquier caso, incluso independientemente del grado de esperanza o de desesperación humana, así como de las ilusiones o de los engaños que se derivan del desarrollo de los sistemas materialistas de pensamiento y de vida, queda la certeza cristiana de que el viento sopla donde quiere, de que nosotros poseemos “las primicias del Espíritu” y que, por tanto, podemos estar también sujetos a los sufrimientos del tiempo que pasa, pero “gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (244), esto es, de nuestro ser humano, corporal y espiritual. Geminamos, sí, pero en una espera llena de indefectible esperanza, porque precisamente a este ser humano

242) Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 19, 20, 21.

243) Lc 3, 6; cf. Is 40, 5.

244) Cf. Rom 8, 23.

se ha acercado Dios, que es Espíritu. "Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne" (245). En el culmen del misterio pascual, el Hijo de Dios, hecho hombre y crucificado por los pecados del mundo, se presentó en medio de sus discípulos después de la resurrección, soplo sobre ellos y dijo: "Recibid el Espíritu Santo". Este "soplo" permanece para siempre. He aquí que "el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza" (246).

4. El espíritu Santo fortalece el "hombre interior"

58. El misterio de la Resurrección y de Pentecostés es anunciado y vivido por la Iglesia, que es la heredera y continuadora del testimonio de los Apóstoles sobre la resurrección de Jesucristo. Es el testigo perenne de la victoria sobre la muerte, que reveló la fuerza del Espíritu Santo y determinó su nueva venida, su nueva presencia en los hombres y en el mundo. En efecto, en la resurrección de Cristo, El Espíritu Santo Paráclito se reveló sobre todo como el que da la vida: "Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (247). En nombre de la resurrección de Cristo la Iglesia anuncia la vida, que se ha manifestado más allá del límite de la muerte, la vida que es más fuerte que la muerte. Al mismo tiempo anuncia al que da la vida: el Espíritu vivificante: lo anuncia y coopera con El en dar la vida. En efecto, "aunque el cuerpo haya muerto ya a causa del pecado, el espíritu es vida a causa de la justicia" (248) realizada por Cristo crucificado y resucitado. Y en nombre de la resurrección de Cristo, la Iglesia sirve a la vida que proviene de Dios mismo, en íntima unión y humilde servicio al Espíritu.

Precisamente por medio de este servicio el hombre se convierte de modo siempre nuevo en "el camino de la Iglesia", como dije ya en la Encíclica sobre Cristo Redentor (249) y ahora repito en ésta sobre el Espíritu Santo. La Iglesia, unida al Espíritu, es consciente más que nadie de la realidad del hombre interior, de lo que en el hombre hay de más profundo y esencial, porque es espiritual e incorruptible. A este nivel el Espíritu injerta la "raíz de la inmortalidad" (250), de la que brota la nueva vida, esto es, la vida del hombre en Dios que, como fruto de su comunicación salvífica por el Espíritu Santo, puede desarrollarse y consolidarse solamente bajo su acción. Por ello, el Apóstol se dirige a Dios en favor de los creyentes, a los que dice: "Doblo mis rodillas ante el Padre... para que os conceda que seáis fortalecidos por la acción de su Espíritu en el hombre interior" (251).

Bajo el influjo del Espíritu Santo madura y se refuerza este hombre interior, esto es, "espiritual". Gracias a la comunicación divina el espíritu humano que "conoce los secretos del hombre", se encuentra con el Espíritu que "todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios" (252). Por este Espíritu, que es el don eterno,

245) Rom 8, 3.

246) Rom 8, 26.

247) Rom 8, 11.

248) Rom 8, 10.

249) Cf. Enc. *Redemptor hominis* (4 de marzo de 1979), 14: AAS 71, 1979, págs. 284 s.

250) Cf. Sab 15, 3.

251) Cf. Ef 3, 14-16.

252) Cf. 1 Cor 2, 10 s.

Dios uno y trino se abre al hombre, al espíritu humano. El soplo oculto del Espíritu divino hace que el espíritu humano se abra, a su vez, a la acción de Dios salvífica y santificante. Mediante el don de la gracia que viene del Espíritu el hombre entra en "una nueva vida", es introducido en la realidad sobrenatural de la misma vida divina y llega a ser "santuario del Espíritu Santo", "templo vivo de Dios" (253). En efecto, por el Espíritu Santo, el Padre y el Hijo vienen al hombre y ponen en él su morada (254). En la comunión de gracia con la Trinidad se dilata el "área vital" del hombre, elevada a nivel sobrenatural por la vida divina. El hombre vive en Dios y de Dios: vive "según el Espíritu" y "desea lo espiritual".

59. La relación íntima con Dios por el Espíritu Santo hace que el hombre se comprenda, de un modo nuevo, también a sí mismo y a su propia humanidad. De esta manera, se realiza plenamente aquella imagen y semejanza de Dios que es el hombre desde el principio (255). Esta verdad íntima sobre el ser humano ha de ser descubierta constantemente a la luz de Cristo, que es el prototipo de la relación con Dios y, en El, debe ser descubierta también la razón de "la entrega sincera de sí mismo a los demás", como escribe el Concilio Vaticano II; precisamente en razón de esta semejanza divina se demuestra que el hombre "es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma", en su dignidad de persona, pero abierta a la integración y comunión social (256). El conocimiento eficaz y la realización plena de esta verdad del ser se dan solamente por obra del Espíritu Santo. El hombre llega al conocimiento de esta verdad por Jesucristo y la pone en práctica en su vida por obra del Espíritu, que el mismo Jesús nos ha dado.

En este camino, "camino de madurez interior" que supone el pleno descubrimiento del sentido de la humanidad, Dios se acerca al hombre, penetra cada vez más a fondo en todo el mundo humano. Dios uno y trino, que en sí mismo "existe" como realidad trascendente de su don interpersonal, al comunicarse por el Espíritu Santo como don al hombre, transforma el mundo humano desde dentro, desde el interior de los corazones y de las conciencias. De este modo el mundo, participe del don divino, se hace como enseña el Concilio, "cada vez más humano, cada vez más profundamente humano" (257), mientras madura en él, a través de los corazones y de las conciencias de los hombres, el reino en el que Dios será definitivamente "todo en todos" (258); como don y amor. Don y amor: éste es el eterno poder de la apertura de Dios uno y trino al hombre y al mundo, por el Espíritu Santo.

En la perspectiva del año dos mil desde el nacimiento de Cristo se trata de conseguir que un número cada vez mayor de hombres "puedan encontrar su propia plenitud... en la entrega sincera de sí mismos a los demás", según la citada frase del Concilio. Que bajo la acción del Espíritu Paráclito se realice en nuestro mun-

253) Cf. Rom 8, 9; 1 Cor 6, 19.

254) Cf. Jn 14, 23; S. Ireneo, *Adversus haereses*, V, 6, 1: SC 153, págs. 72-80; S. Hilario, *De Trinitate*, VIII, 19, 21; PL 16, 752 s.; S. Agustín, *Enarr. in Ps XLIX*, 2: CCL 38, págs. 575 s.; S. Cirilo de Alejandría, *In Iohannis Evangelium*, lib. I; II: PG 73, 154-158; 246; lib. IX: PG 74, 262; S. Atanasio, *Oratio III contra Arianos*, 24: PG 26, 374 s.; *Epist. I ad Serapionem*, 24: PG 26, 586 s.; Didimo Alejandrino, *De Trinitate*, II, 6-7: PG 39, 523-530; S. Juan Crisóstomo, *In epist. ad Romanos homilia XIII*, 8: PG 60, 519; Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* Ia., q. 43, aa. 1, 3-6.

255) Cf. Gén 1, 26 s.; Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* Ia., q. 93; aa. 4, 5, 8.

256) Cf. Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24; cf. también 25.

257) Cf. *ib.*, 38, 40.

258) Cf. 1 Cor 15, 28.

do el proceso de verdadera maduración en la humanidad, en la vida individual y comunitaria, por el cual Jesús mismo "cuando ruega al Padre que 'todos sean uno, como nosotros también somos uno' (Jn 17, 21-22), sugiere una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad" (259). El Concilio reafirma esta verdad sobre el hombre y la Iglesia ve en ella una indicación particularmente fuerte y determinante de sus propias tareas apostólicas. En efecto, si el hombre es "el camino de la Iglesia", este camino pasa a través de todo el misterio de Cristo, como modelo divino del hombre. Sobre este camino el Espíritu Santo reforzando en cada uno de nosotros "al hombre interior" hace que el hombre, cada vez mejor, pueda encontrarse en la entrega sincera de sí mismo a los demás". Puede decirse que en estas palabras de la Constitución pastoral del Concilio se compendia toda la antropología cristiana: la teoría y la praxis, fundada en el Evangelio, en la cual el hombre, descubriendo en sí mismo su pertenencia a Cristo, y en Él la elevación a "hijo de Dios", comprende mejor también su dignidad de hombre, precisamente porque es el sujeto del acercamiento y de la presencia de Dios, sujeto de la condescendencia divina en la que está contenida la perspectiva e incluso la raíz misma de la glorificación definitiva. Entonces se puede repetir verdaderamente que la "gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios" (260); el hombre, viviendo una vida divina, es la gloria de Dios, y el Espíritu Santo es el dispensador oculto de esta vida y de esta gloria. El —dice Basilio el Grande— "simple en su esencia y variado en sus dones... se reparte sin sufrir división... está presente en cada hombre capaz de recibirlo, como si sólo él existiera y, no obstante, distribuye a todos gracia abundante y completa" (261).

60. Cuando, bajo el influjo del Paráclito, los hombres descubren esta dimensión divina de su ser y de su vida, ya sea como personas ya sea como comunidad, son capaces de liberarse de los diversos determinismos derivados principalmente de las bases materialistas del pensamiento, de la praxis y de su respectiva metodología. En nuestra época estos factores han logrado penetrar hasta lo más íntimo del hombre, en el santuario de la conciencia, donde el Espíritu Santo infunde constantemente la luz y la fuerza de la vida nueva según la libertad de los hijos de Dios. La madurez del hombre en esta vida está impedida por los condicionamientos y las presiones que ejercen sobre él las estructuras y los mecanismos dominantes en los diversos sectores de la sociedad. Se puede decir que en muchos casos los factores sociales, en vez de favorecer el desarrollo y la expansión del espíritu humano, terminan por arrancarlo de la verdad genuina de su ser y de su vida —sobre la que vela el Espíritu Santo—, para someterlo así al "Príncipe de este mundo".

El gran Jubileo del año dos mil contiene, por tanto, un mensaje de liberación por obra del Espíritu, que es el único que puede ayudar a las personas y a las comunidades a liberarse de los viejos y nuevos determinismos, guiándolos con la "ley del espíritu que da la vida en Cristo Jesús" (262), descubriendo y realizando la plena dimensión de la verdadera libertad del hombre. En efecto —como escribe San Pablo— "donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad" (263). Esta revelación de la libertad y, por consiguiente, de la verdadera dignidad del hombre

259) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

260) Cf. S. Ireneo, *Adversus haereses*, IV, 20, 7: SC 100/2, pág. 648.

261) S. Basilio, *De Spiritu Sancto*, IX, 22: PG 32, 110.

262) Rom 8, 2.

263) 2 Cor 3, 17.

adquiere un significado particular para los cristianos y para la Iglesia en estado de persecución —ya sea en los tiempos antiguos, ya sea en la actualidad—, porque los testigos de la verdad divina son entonces una verificación viva de la acción del Espíritu de la verdad, presente en el corazón y en la conciencia de los fieles, y a menudo sellan con su martirio la glorificación suprema de la dignidad humana.

También en las situaciones normales de la sociedad los cristianos, como *testigos de la auténtica dignidad del hombre*, por su obediencia al Espíritu Santo, contribuyen a la múltiple "renovación de la faz de la tierra", colaborando con sus hermanos a realizar y valorar todo lo que el progreso actual de la civilización, de la cultura, de la ciencia, de la técnica y de los demás sectores del pensamiento y de la actividad humana, tiene de bueno, noble y bello (264). Esto lo hacen como discípulos de Cristo, que —como escribe el Concilio— "constituido Señor por su resurrección... obra ya por virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin" (265). De esta manera, afirman aún más la grandeza del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios; grandeza que es iluminada por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, el cual, "en la plenitud de los tiempos", por obra del Espíritu Santo, ha entrado en la historia y se ha manifestado como verdadero hombre, primogénito de toda criatura, "del cual proceden todas las cosas y para el cual somos" (266).

5. La Iglesia sacramento de la unión íntima con Dios

61. Acercándose al final del segundo milenio, que a todos debe recordar y casi hacer presente de nuevo la venida del Verbo en la plenitud de los tiempos, la Iglesia, una vez más, trata de penetrar en la esencia misma de su constitución divino-humana y de aquella misión que la hace participar en la misión mesiánica de Cristo, según la enseñanza y el plan siempre válido del Concilio Vaticano II. Siguiendo esta línea, podemos remontarnos al Cenáculo donde Jesucristo revela el Espíritu Santo como paráclito, como Espíritu de la verdad, y habla de su propia "partida" mediante la cruz como condición necesaria de su "venida": "Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré" (267). Hemos visto que este anuncio ha tenido ya su primera realización la tarde del día de Pascua y luego durante la celebración de Pentecostés en Jerusalén, y que desde entonces se verifica en la historia de la humanidad a través de la Iglesia.

A la luz de este anuncio adquiere igualmente pleno significado lo que Jesús, durante la última Cena, dice a propósito de su nueva "venida". En efecto, es significativo que en el mismo discurso de despedida, anuncie no sólo su "partida", sino también su nueva "venida". Dice textualmente: "No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros" (268). Y en el momento de la despedida definitiva, antes de subir al cielo, repetirá aún más explícitamente: "He aquí que yo estoy con vosotros to-

264) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 53-59.

265) *Ib.*, 38.

266) 1 Cor 8, 6.

267) Jn 16, 7.

268) Jn 14, 18.

dos los días hasta el fin del mundo" (269). Esta nueva "venida" de Cristo, este continuo venir para estar con los Apóstoles y con la Iglesia, este "yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo", ciertamente no cambia el hecho de su "partida"; le sigue a ésta tras la conclusión de la actividad mesiánica de Cristo en la tierra, y tiene lugar en el marco del *preanunciado envío del Espíritu Santo* y, por así decir, se encuadra dentro de su misma misión. Y sin embargo se cumple por obra del Espíritu Santo, el cual hace que Cristo, que se ha ido, venga ahora y siempre de un modo nuevo. Esta nueva venida de Cristo por obra del Espíritu Santo y su constante presencia y acción en la vida espiritual, se realizan en la realidad sacramental. En ella Cristo, que se ha ido en su humanidad visible, viene, está presente y actúa en la Iglesia de una manera tan íntima que la constituye como Cuerpo suyo. En cuanto tal, la Iglesia vive, actúa y crece "hasta el fin del mundo". Todo esto acontece por obra del Espíritu Santo.

62. La expresión sacramental más completa de la partida de Cristo por medio del misterio de la cruz y de la resurrección es la Eucaristía. En ella se realiza sacramentalmente cada vez su venida y su presencia salvífica: en el sacrificio y en la comunión. Se realiza por obra del Espíritu Santo, dentro de su propia misión (270). Mediante la Eucaristía el Espíritu Santo realiza aquel "fortalecimiento del hombre interior" del que habla la Carta a los Efesios (271). Mediante la Eucaristía, las personas y comunidades, bajo la acción del Paráclito consolador, aprenden a descubrir el sentido divino de la vida humana, aludido por el Concilio: el sentido por el que Jesucristo "revela plenamente el hombre al hombre", sugiriendo "una cierta semejanza entre la unión de las Personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad" (272). Esta unión se expresa y se realiza especialmente mediante la Eucaristía en la que el hombre, participando del sacrificio de Cristo, que tal celebración actualiza, aprende también a "encontrarse... en la entrega sincera de sí mismo" (273), en la comunión con Dios y con los otros hombres, sus hermanos.

Por esto los primeros cristianos, ya desde los días que siguieron a la venida del Espíritu Santo, "acudían asiduamente a la fracción del pan y a la oración", formando así una comunidad unida en las enseñanzas de los Apóstoles (274). De esta manera "reconocían" que su Señor resucitado, y ya ascendido al cielo, venía nuevamente, en medio de ellos, en la comunidad eucarística de la Iglesia y por medio de ésta. Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia desde el principio se manifestó y se confirmó a sí misma a través de la Eucaristía. Y así ha sido siempre en todas las generaciones cristianas hasta nuestros días, hasta esta vigilia del cumplimiento del segundo milenio cristiano. Ciertamente, debemos constatar, por desgracia, que el milenio ya transcurrido ha sido el de las grandes divisiones entre los cristianos. Por consiguiente, todos los creyentes en Cristo, a ejemplo de los Apóstoles, deberán poner todo su empeño en conformar su pensamiento y acción a la voluntad del Espíritu Santo, "principio de unidad de la Iglesia" (275).

269) Mt 28, 20.

270) Es lo que expresa la "Epiclesis" antes de la consagración "Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor" (Plegaria eucarística II).

271) Cf. Ef 3, 16.

272) Const. past. *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, 24.

273) *Ib.*

274) Cf. Act 2, 42.

275) Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo, 2.

para que todos los bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo, se encuentren unidos como hermanos en la celebración de la misma Eucaristía "sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad" (276).

63. La presencia eucarística de Cristo, su sacramental "estoy con vosotros", permite a la Iglesia descubrir cada vez más profundamente su propio misterio, como atestigua toda la eclesiología del Concilio Vaticano II, para el cual "la Iglesia es en Cristo un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios y de unidad de todo el género humano" (277). Como sacramento, la Iglesia se desarrolla desde el misterio pascual de la "partida" de Cristo, viviendo de su "venida" siempre nueva por obra del Espíritu Santo, dentro de la misma misión del Paráclito-Espíritu de la verdad. Este es precisamente el misterio esencial de la Iglesia como proclama el Concilio.

Si en virtud de la creación Dios es aquél en el que todos "vivimos, nos movemos y existimos" (278), a su vez la fuerza de la Redención perdura y se desarrolla en la historia del hombre y del mundo como en un doble "ritmo", cuya fuente se encuentra en el eterno Padre. Por un lado, es el ritmo de la misión del Hijo, que ha venido al mundo, naciendo de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; y por el otro, es también el ritmo de la misión del Espíritu Santo, como ha sido revelado definitivamente por Cristo. Por medio de la "partida" del Hijo, el Espíritu ha venido y viene constantemente como Paráclito y Espíritu de la verdad. Y en el ámbito de su misión, casi como en la intimidad de la presencia invisible del Espíritu, el Hijo, que "se había ido" a través del misterio pascual, "viene" y está continuamente presente en el misterio de la Iglesia, ocultándose o manifestándose en su historia y dirigiendo siempre su curso. Todo esto tiene lugar sacramentalmente por obra del Espíritu Santo, el cual, tomando de las riquezas de la Redención de Cristo, da la vida continuamente. La Iglesia, al tomar conciencia cada vez más viva de este misterio, se ve mejor a sí misma sobre todo como sacramento.

Esto sucede también porque, por voluntad de su Señor, mediante los diversos sacramentos la Iglesia realiza su ministerio salvífico para el hombre. El ministerio sacramental, cada vez que se realiza, lleva consigo el misterio de la "partida" de Cristo mediante la cruz y la resurrección, por medio de la cual viene el Espíritu Santo. Viene y actúa: "da la vida". En efecto, los sacramentos significan la gracia y confieren la gracia; significan la vida y dan la vida. La Iglesia es la dispensadora visible de los signos sagrados, mientras el Espíritu Santo actúa en ellos como dispensador invisible de la vida que significan. Junto con el Espíritu está y actúa en ellos Cristo Jesús.

64. Si la Iglesia es el sacramento de la unión íntima con Dios, lo es en Jesucristo, en quien esta misma unión se verifica como realidad salvífica. Lo es en Jesucristo, por obra del Espíritu Santo. La plenitud de la realidad salvífica, que es Cristo en la historia, se difunde de modo sacramental por el poder del Espíritu Paráclito. De este modo el Espíritu Santo es "el otro Paráclito" o "nuevo consolador" porque, mediante su acción, la Buena Nueva toma cuerpo en las conciencias y en los corazones humanos y se difunde en la historia. En todo está el Espíritu Santo que da la vida.

276) S. Agustín, *In Iohannis Evangelium Tractatus* XXVI, 13: CCL 36, pág. 266; cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, sobre la sagrada liturgia, 47.

277) Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

278) Act, 17, 28.

Cuando usamos la palabra "sacramento" referido a la Iglesia, hemos de tener presente que en el texto conciliar la *sacramentalidad de la Iglesia* aparece distinta de aquella que, en sentido estricto, es propia de los sacramentos. Leemos al respecto: "La Iglesia es... como un sacramento, o sea signo o instrumento de la unión íntima con Dios". Pero lo que cuenta y emerge del sentido analógico, con el que la palabra es empleada en los dos casos, es la relación que la Iglesia tiene con el poder del Espíritu Santo, que El solo da la vida; la Iglesia es signo e instrumento de la presencia y de la acción del Espíritu vivificante.

El Vaticano II añade que la Iglesia es "un sacramento... de la unidad de todo el género humano". Se trata evidentemente de la unidad que el género humano, diferenciado en sí mismo de muchas maneras, tiene de Dios y en Dios. Ella tiene sus raíces en el misterio de la creación y adquiere una nueva dimensión en el misterio de la Redención, en orden a la salvación universal. Puesto que Dios "quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (279), la Redención comprende a todos los hombres y, en cierto modo, toda la creación. En la misma dimensión universal de la Redención actúa, en virtud de la "partida" de Cristo, el Espíritu Santo. Por ello la Iglesia, fundamentada mediante su propio misterio en la economía trinitaria de la salvación con razón se ve a sí misma como "sacramento de la unidad de todo el género humano". Sabe que lo es por el poder del Espíritu Santo, de cuyo poder es signo e instrumento en la actuación del plan salvífico de Dios.

De este modo, se realiza la "condescendencia" del infinito Amor trinitario: el acercamiento de Dios, Espíritu invisible, al mundo visible. Dios uno y trino se comunica al hombre por el Espíritu Santo desde el principio mediante su "imagen y semejanza". Bajo la acción del mismo Espíritu el hombre y, por medio de él, el mundo creado, redimido por Cristo, se acercan a su destino definitivo en Dios. De este acercamiento de los dos polos de la creación y de la Redención, Dios y el hombre, la Iglesia se convierte en "sacramento, o sea signo e instrumento". Ella actúa para restablecer y reforzar la unidad en las raíces mismas del género humano: en la relación de comunión que el hombre tiene con Dios como su Creador, Señor y Redentor. Es una verdad que, en base a las enseñanzas del Concilio, podemos meditar, desarrollar y aplicar en toda la extensión de su significado en esta fase del paso del segundo al tercer milenio cristiano. Y nos resulta entrañable tener conciencia cada vez más viva del hecho de que dentro de la acción desarrollada por la Iglesia en la historia de la salvación —que está inscrita en la historia de la humanidad— está presente y operante el Espíritu Santo. Aquél que con el soplo de la vida divina impregna la peregrinación terrena del hombre y hace confluir toda la creación —toda la historia— hacia su último término en el océano infinito de Dios.

6. El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!"

65. El soplo de la vida divina, el Espíritu Santo, en su manera más simple y común, se manifiesta y se hace sentir en la oración. Es hermoso y saludable pensar que, en cualquier lugar del mundo donde se ora allí está el Espíritu Santo, soplo vital de la oración. Es hermoso y saludable reconocer que si la oración está difundida en todo el orbe, en el pasado, en el presente y en el futuro, de igual modo está extendida la presencia y la acción del Espíritu Santo, que "alienta" la oración en

el corazón del hombre y en toda la inmensa gama de las más diversas situaciones y de las condiciones ya favorables ya adversas a la vida espiritual y religiosa. Muchas veces, bajo la acción del Espíritu, la oración brota del corazón del hombre no obstante las prohibiciones y persecuciones, e incluso las proclamaciones oficiales sobre el carácter arreligioso o incluso ateo de la vida pública. La oración es siempre la voz de todos aquellos que aparentemente no tienen voz, y en esta voz resuena siempre aquel "poderoso clamor", que la Carta a los Hebreos atribuye a Cristo (280). La oración es también la revelación de aquel abismo que es el corazón del hombre: una profundidad que es de Dios y que sólo Dios puede colmar, precisamente con el Espíritu Santo. Leemos en San Lucas: "Si pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuanto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan" (281).

El Espíritu Santo es el don, que viene al corazón del hombre junto con la oración. En ella se manifiesta ante todo y sobre todo como el don que "viene en auxilio de nuestra debilidad". Es el rico pensamiento desarrollado por San Pablo en la Carta a los Romanos cuando escribe: "Nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables" (282). Por consiguiente, el Espíritu Santo no sólo hace que oremos, sino que nos guía "interiormente" en la oración, supliendo nuestra insuficiencia y remediando nuestra incapacidad de orar. Está presente en nuestra oración y le da una dimensión divina (283). De esta manera, "el que escruta los corazones conoce cuál es la aspiración del Espíritu y que su intercesión a favor de los santos es según Dios" (284). La oración por obra del Espíritu Santo llega a ser la expresión cada vez más madura del hombre nuevo, que por medio de ella participa de la vida divina.

Nuestra difícil época tiene especial necesidad de la oración. Si en el transcurso de la historia —ayer como hoy— muchos hombres y mujeres han dado testimonio de la importancia de la oración, consagrándose a la alabanza a Dios y a la vida de oración, sobre todo en los monasterios, con gran beneficio para la Iglesia, en estos años va aumentando también el número de personas que, en movimientos o grupos cada vez más extendidos, dan la primacía a la oración y en ella buscan la renovación de la vida espiritual. Este es un síntoma significativo y consolador, ya que esta experiencia ha favorecido realmente la renovación de la oración entre los fieles, que han sido ayudados a considerar mejor el Espíritu Santo, que suscita en los corazones un profundo anhelo de santidad.

En muchos individuos y en muchas comunidades madura la conciencia de que, a pesar del vertiginoso progreso de la civilización técnico-científica y no obstante las conquistas reales y las metas alcanzadas, el hombre y la humanidad están amenazados. Frente a este peligro, y habiendo ya experimentado antes la espantosa realidad de la decadencia espiritual del hombre, personas y comunidades enteras —como guiados por un sentido interior de la fe— buscan la fuerza que sea capaz de levantar al hombre, salvarlo de sí mismo, de sus propios errores y desorientaciones, que con frecuencia convierten en nocivas sus propias conquistas. Y de esta manera descubren la oración, en la que se manifiesta "el Espíritu que viene en ayuda de

280) Cf. Heb 5, 7.

281) Lc 11, 13.

282) Rom 8, 26.

283) Cf. Orígenes, De oratione, 2: PG 11, 419-423.

284) Rom 8, 27.

nuestra flaqueza". De este modo, los tiempos en que vivimos acercan al Espíritu Santo muchas personas que vuelven a la oración. Y confío en que todas ellas encuentren en la enseñanza de esta Encíclica una ayuda para su vida interior y consigan fortalecer, bajo la acción del Espíritu, su compromiso de oración, de acuerdo con la Iglesia y su Magisterio.

66. En medio de los problemas, de las desilusiones y esperanzas, de las deserciones y retornos de nuestra época, la Iglesia permanece fiel al misterio de su nacimiento. Si es un hecho histórico que la Iglesia salió del Cenáculo el día de Pentecostés, se puede decir en cierto modo que nunca lo ha dejado. Espiritualmente el acontecimiento de Pentecostés no pertenece sólo al pasado: la Iglesia está siempre en el Cenáculo que lleva en su corazón. La Iglesia persevera en la oración, como los Apóstoles junto a María, Madre de Cristo, y junto a aquellos que constituían en Jerusalén el primer germen de la comunidad cristiana y aguardaban, en oración, la venida del Espíritu Santo.

La Iglesia persevera en oración con María. Esta unión de la Iglesia orante con la Madre de Cristo forma parte del misterio de la Iglesia desde el principio: la vemos presente en este misterio como está presente en el misterio de su Hijo. Nos lo dice el Concilio: "*La Virgen Santísima... cubierta con la sombra del Espíritu Santo... dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29), o sea, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno*". Ella, "por sus gracias y dones singulares... unida con la Iglesia... es tipo de la Iglesia" (285). "La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad... se hace también madre" y "a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera". Ella (la Iglesia) "es igualmente virgen, que guarda... la fe prometida al Esposo" (286).

De este modo se comprende el profundo sentido del motivo por el que la Iglesia, unida a la Virgen Madre, se dirige incesantemente como Esposa a su divino Esposo, como lo atestiguan las palabras del Apocalipsis que cita el Concilio: "*El Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: '¡Ven!'*" (287). La oración de la Iglesia es esta invocación incesante en la que "el Espíritu mismo intercede por nosotros"; en cierta manera, El mismo la pronuncia con la Iglesia y en la Iglesia. En efecto, el Espíritu ha sido dado a la Iglesia para que, por su poder, toda la comunidad del Pueblo de Dios, a pesar de sus múltiples ramificaciones y diversidades, persevere en la esperanza: aquella esperanza en la que "hemos sido salvados" (288). Es la esperanza escatológica, la esperanza del cumplimiento definitivo en Dios, la esperanza del reino eterno, que se realiza por la participación en la vida trinitaria. El Espíritu Santo, dado a los Apóstoles como Paráclito, es el custodio y el animador de esta esperanza en el corazón de la Iglesia.

En la perspectiva del tercer milenio después de Cristo, mientras "el Espíritu y la Esposa dicen al Señor Jesús: '¡ven!'", esta oración suya conlleva, como siempre, una dimensión escatológica destinada también a dar pleno significado a la celebración del gran Jubileo. Es una oración encaminada a los destinos salvíficos hacia los cuales el Espíritu Santo abre los corazones con su acción a través de toda la historia del hombre en la tierra. Pero al mismo tiempo, esta oración se orienta hacia

285) Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 63.
286) *Ib.*, 64.

287) Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4; cf. Ap 22, 17.
288) Cf. Rom 8, 24.

un momento concreto de la historia, en el que se pone de relieve la "plenitud de los tiempos", marcada por el año dos mil. La Iglesia desea prepararse a este Jubileo por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazaret, en la que el Verbo se hizo carne.

CONCLUSION

67. Deseamos concluir estas consideraciones en el corazón de la Iglesia y en el corazón del hombre. El camino de la Iglesia pasa a través del corazón del hombre porque está aquí el lugar recóndito del encuentro salvífico con el Espíritu Santo, con el Dios oculto y, precisamente aquí el Espíritu Santo se convierte en "fuente de agua que brota para la vida eterna" (289). El llega aquí como Espíritu de la verdad y como Paráclito, del mismo modo que había sido prometido por Cristo. Desde aquí El actúa como *Consolador, Intercesor y Abogado, especialmente* cuando el hombre, o la humanidad, se encuentra ante el juicio de condena de aquel "acusador", del que el Apocalipsis dice que "acusa" a nuestros hermanos día y noche delante de nuestro Dios" (290). El Espíritu Santo no deja de ser el custodio de la esperanza en el corazón del hombre: la esperanza de todas las criaturas humanas y, especialmente, de aquellas que "poseen las primicias del Espíritu" y "esperan la redención de su cuerpo" (291).

El Espíritu Santo, en su misterioso vínculo de comunión divina con el Redentor del hombre, continúa su obra; recibe de Cristo y lo transmite a todos, entrando incesantemente en la historia del mundo a través del corazón del hombre. En éste viene a ser —como proclama la Secuencia de la solemnidad de Pentecostés— verdadero "*padre de los pobres, dador de sus dones, luz de los corazones*"; se convierte en "*dulce huésped del alma*", que la Iglesia saluda incesantemente en el umbral de la intimidad de cada hombre. En efecto, El trae "descanso" y "refrigerio" en medio de las fatigas del trabajo físico e intelectual; trae "descanso" y "brisa" en pleno calor del día, en medio de las inquietudes, luchas y peligros de cada época; trae por último, el "consuelo" cuando el corazón humano llora y está tentado por la desesperación.

Por esto la misma Secuencia exclama: "Sin tu ayuda nada hay en el hombre, nada que sea bueno". En efecto, sólo el Espíritu Santo "conviene en lo referente al pecado" y al mal, con el fin de instaurar el bien en el hombre y en el mundo: para "renovar la faz de la tierra". Por eso realiza la purificación de todo lo que "desfigura" al hombre, de todo "lo que está manchado": cura las heridas incluso las más profundas de la existencia humana; cambia la aridez interior de las almas transformándolas en fértiles campos de gracia y santidad. "Doblega lo que está rígido", "calienta lo que está frío", "endereza lo que está extraviado" a través de los caminos de la salvación (292).

Orando de esta manera, la Iglesia profesa incesantemente su fe: *existe en nuestro mundo creado un Espíritu, que es un don increado*. Es el Espíritu del Padre y del Hijo; como el Padre y el Hijo es increado, inmenso, eterno, omnipotente, Dios

289) Cf. Jn 4, 14; Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 4.

290) Cf. Ap 12, 10.

291) Cf. Rom 8, 23.

292) Cf. Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*.

y Señor (293). Este Espíritu de Dios "llena la tierra" y todo lo creado reconoce en El la fuente de su propia identidad, en El encuentra su propia expresión trascendente, a El se dirige y lo espera, lo invoca con su mismo ser. A El, como Paráclito, como Espíritu de la verdad y del amor, se dirige el hombre que vive de la verdad y del amor y que sin la fuente de la verdad y del amor no puede vivir. A El se dirige la Iglesia, que es el corazón de la humanidad, para pedir para todos y dispensar a todos aquellos dones del amor, que por su medio "ha sido derramado en nuestros corazones" (294). A El se dirige la Iglesia a lo largo de los intrincados caminos de la peregrinación del hombre sobre la tierra; y pide, de modo incesante la rectitud de los actos humanos, como obra suya; pide el gozo y el consuelo que solamente El, verdadero, consolador, puede traer abajándose a la intimidad de los corazones humanos (295); pide la gracia de las virtudes, que merecen la gloria celeste; pide la salvación eterna en la plena comunicación divina a la que el Padre ha "predestinado" eternamente a los hombres creados por amor a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad.

La Iglesia con su corazón, que abarca todos los corazones humanos, pide al Espíritu Santo la felicidad que sólo en Dios tiene su realización plena: la alegría "que nadie podrá quitar" (296), la alegría que es fruto del amor y, por consiguiente, de Dios que es amor; pide "justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" en el que, según San Pablo, consiste el reino de Dios (297).

También la paz es fruto del amor: esa paz interior que el hombre cansado busca en la intimidad de su ser; esa paz que piden la humanidad, la familia humana, los pueblos, las naciones, los continentes, con la ansiosa esperanza de obtenerla en la perspectiva del paso del segundo milenio cristiano. Ya que el camino de la paz pasa en definitiva a través del amor y tiende a crear la civilización del amor, la Iglesia fija su mirada en Aquél que es el amor del Padre y del Hijo y, a pesar de las crecientes amenazas, no deja de tener confianza, no deja de invocar y de servir a la paz del hombre sobre la tierra. Su confianza se funda en Aquél que siendo Espíritu-amor, es también el Espíritu de la paz y no deja de estar presente en nuestro mundo, en el horizonte de las conciencias y de los corazones, para "llenar la tierra" de amor y de paz.

Ante El me arrodillo al terminar estas consideraciones implorando que, como Espíritu del Padre y del Hijo, nos conceda a todos la bendición y la gracia, que deseo transmitir en el nombre de la Santísima Trinidad, a los hijos y a las hijas de la Iglesia y a toda la familia humana.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 18 de mayo, solemnidad de Pentecostés del año 1986, octavo de mi Pontificado.

Joannes Paulus PP II

293) Cf. Símbolo Quicumque: DS 75.

294) Cf. Rom 5, 5.

296) Conviene recordar aquí lo importante Exhort. Apost. *Gaudete in Domino*, del Sumo Pontífice Pablo VI, publicada el 9 de mayo del Año Santo 1975. En efecto, es siempre válida la invitación expresada en ella a "pedir al Espíritu Santo el don de la alegría" y también a "saborear la alegría propiamente espiritual, que es un fruto del Espíritu Santo": AAS 67, 1975, págs. 289; 302.

296) Cf. Jn 16, 22.

297) Cf. Rom 14, 17: Gál 5, 22.

INDICE

INTRODUCCION

I Parte

El Espíritu del Padre y del Hijo dado a la Iglesia

1. Promesa y revelación de Jesús durante la Cena pascual.
2. Padre, Hijo y Espíritu Santo.
3. La donación salvífica de Dios por el Espíritu Santo.
4. El Mesías ungido con el Espíritu Santo.
5. Jesús de Nazaret, "elevado" por el Espíritu Santo.
6. Cristo resucitado dice: "Recibid el Espíritu Santo".
7. El Espíritu Santo y la era de la Iglesia.

II Parte

El Espíritu que convence al mundo en lo referente al pecado

1. Pecado, justicia y juicio
2. El testimonio del día de Pentecostés.
3. El testimonio del principio: la realidad originaria del pecado.
4. El Espíritu que transforma el sufrimiento en amor salvífico.
5. "La sangre que purifica la conciencia".
6. El pecado contra el Espíritu Santo.

III Parte

El Espíritu que da la vida

1. Motivo del Jubileo del año dos mil: Cristo que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo.
2. Motivo del Jubileo: se ha manifestado la gracia.
3. El Espíritu Santo en el drama interno del hombre: La carne tiene apetencias contrarias al espíritu y el espíritu contrarias a la carne.
4. El Espíritu Santo fortalece el "hombre interior".
5. La Iglesia sacramento de la unión íntima con Dios.
6. El Espíritu y la Esposa dicen: "¡Ven!".

Conclusión

ASISTENCIA ESPIRITUAL A LOS MILITARES

CONSTITUCION APOSTOLICA "SPIRITUALI MILITUM CURAE"

JUAN PABLO, OBISPO SIERVO
DE LOS SIERVOS DE DIOS
PARA PERPETUA MEMORIA

La asistencia espiritual de los militares es algo que la Iglesia ha querido cuidar siempre con extraordinaria solicitud según las diversas circunstancias. Ciertamente éste constituye un determinado grupo social y "por las condiciones peculiares de su vida" (1), bien porque formen parte de las Fuerzas Armadas de forma voluntaria y estable, bien porque sean llamados a ellas por ley para un tiempo determinado, necesitan una concreta y específica forma de asistencia espiritual; por esta necesidad, a lo largo de los tiempos, ha velado la sagrada jerarquía, y en particular los Romanos Pontífices, dada su función de servicio o "diaconía" (2), proveyendo del mejor modo en cada uno de los casos, con la jurisdicción más apropiada a las personas y a las circunstancias. Por ello se fueron creando en todas partes estructuras eclesiales para cada una de las naciones, presididas por un prelado dotado de las necesarias facultades (3).

La Sagrada Congregación Consistorial promulgó sabias normas sobre esta materia con la Instrucción *Sollemne semper* del 23 de abril de 1951 (4). Pero ahora ha llegado el tiempo de revisar dichas normas, para que tengan mayor fuerza y eficacia. A ello nos invita en primer lugar el Con-

cilio Vaticano II, que preparó el camino con proyectos muy adecuados para realizar peculiares obras pastorales (5) y tuvo muy presente la acción de la Iglesia en el mundo moderno, también por lo que se refiere a la edificación y promoción de la paz en todo el orbe; así, pues, los que forman parte de las Fuerzas Armadas deben considerarse "como instrumentos de la seguridad y libertad de los pueblos", pues "desempeñando bien esta función contribuyen realmente a estabilizar la paz" (6).

A este mismo convencimiento nos llevan también los grandes cambios que ha habido no sólo en lo referente a la profesión militar y a las características de la vida castrense, sino también en el común sentir de la sociedad de nuestro tiempo respecto a la naturaleza y función de las Fuerzas Armadas en la convivencia de los hombres. A ello nos

NOTAS

- 1) Conc. Vat. II, *Christus Dominus*, n. 43.
- 2) Cf. Conc. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 24.
- 3) Estos Prelados a veces eran constituidos "como si fuesen respecto a sus clérigos seculares verdaderos obispos y pastores" (Inocencio X, Breve *Cum sicut maiestatis*, 26 de septiembre de 1645; Bullarium Romanum, Turín, 1868, t. XV, p. 410).
- 4) AAS 43 (1951), pp. 562-565.
- 5) Cf. Decr. *Presbyterorum ordinis*, n. 10.
- 6) Conc. Vat. II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 79.

impulsa finalmente la promulgación del nuevo Código de Derecho Canónico, que también habla de la asistencia pastoral de los militares, dejando intactas las normas vigentes (7), las cuales, sin embargo, ahora se revisan convenientemente para que con una apropiada adaptación a las nuevas circunstancias se obtengan mayores frutos. Por eso, precisamente no puede haber unas mismas normas para todas las naciones, puesto que el número de fieles católicos que pertenecen a las Fuerzas Armadas no es el mismo en todas partes ni absoluta ni relativamente y las circunstancias difieren mucho entre sí según los distintos lugares. Así, pues conviene establecer algunas normas generales que se apliquen a todos los "Ordinarios" militares —hasta ahora llamados vicariatos castrenses— y que luego sean completadas por estatutos establecidos por la Sede Apostólica para cada "Ordinario", pero dentro del ámbito de esta ley general.

Se establecen por tanto, las normas siguientes:

I. Par. 1. - Los "Ordinarios" militares, que también pueden llamarse castrenses, y que jurídicamente se asimilan a las diócesis, son circunscripciones eclesiales peculiares, que se rigen por estatutos propios, emanados de la Sede Apostólica en los que más detalladamente se determinarán las prescripciones de esta Constitución, respetando, donde existan, los Acuerdos vigentes entre la Santa Sede y los Estados (8).

Par. 2. - Donde las circunstancias lo aconsejen, y habiendo oído a las Conferencias Episcopales interesadas, la Sede Apostólica erigirá nuevos "Ordinarios" militares.

II. Par. 1. - Para cada "Ordinario" militar será nombrado como propio un Ordinario, dotado de digni-

dad episcopal, a tenor de la ley, el cual goza de todos los derechos de los obispos diocesanos y tiene sus mismas obligaciones, a no ser que conste algo en contra por la naturaleza del asunto o por los estatutos particulares.

Par. 2. - El Sumo Pontífice nombra libremente al Ordinario militar, o instituye o confirma al candidato legítimamente designado (9).

Par. 3. - Para que pueda dedicarse de una manera plena a esta peculiar labor pastoral, el Ordinario militar, como norma, quedará libre de otras obligaciones que lleven consigo la cura de almas, a no ser que las circunstancias particulares de la nación aconsejen otra cosa.

Par. 4. - Entre el "Ordinario" militar y las otras Iglesias particulares deberá darse un estrecho vínculo de comunión y una conjunción de esfuerzos en la acción pastoral.

III. El Ordinario militar pertenece por derecho propio a la Conferencia Episcopal de la nación donde tiene su sede el "Ordinario".

IV. La jurisdicción del Ordinario militar es:

1o. personal, de tal manera que la ejerza sobre las personas pertenecientes al "Ordinario", aun cuando se encuentren fuera de las fronteras de la nación;

2o. ordinaria, tanto en el fuero interno como en el fuero externo;

3o. propia, aunque cumulativa con la jurisdicción del obispo diocesano, pues las personas pertenecientes al "Ordinario" militar continúan siendo feligreses también de aquella Iglesia particular de cuyo pueblo forman una parte por razón del domicilio o del rito.

V. Los cuarteles y los lugares reservados a los militares están some-

7) Cf. C.I.C., can. 569.

8) Cf. C.I.C., can. 3.

9) Cf. C.I.C., cann. 163 y 377, par. 1.

tidos primera y principalmente a la jurisdicción del Ordinario militar; subsidiariamente a la jurisdicción del obispo diocesano, a saber, cuando falte el Ordinario militar o sus capellanes: en cuyo caso tanto el obispo como el párroco actúan por derecho propio.

VI. Par 1.- Además de aquéllos de los que se trata en los siguientes párrafos 3 y 4, forman también el presbiterio del "Ordinariato" castrense los sacerdotes, tanto seculares como religiosos, que, dotados de las convenientes cualidades para ejercer debidamente el apostolado en esta peculiar obra pastoral y con el consentimiento de su Ordinario propio, tengan un cargo en el "Ordinariato" militar.

Par. 2.- Los obispos diocesanos y también los superiores religiosos competentes cedan al "Ordinariato" castrense un número suficiente de sacerdotes y diáconos idóneos para este ministerio.

Par. 3. - El Ordinario militar, con la aprobación de la Santa Sede, puede erigir su propio seminario y promover a las sagradas órdenes en el "Ordinariato" a sus alumnos, una vez completada su específica formación espiritual y pastoral.

Par. 4. - También otros clérigos pueden incardinarse en el "Ordinariato" castrense conforme al derecho.

Par. 5. - El Consejo presbiterial debe tener sus propios estatutos, aprobados por el Ordinario, de acuerdo con las normas emanadas de la Conferencia Episcopal (10).

VII. Dentro del ámbito designado a cada uno y sobre las personas que tienen encomendadas, los sacerdotes que en el "Ordinariato" castrense son nombrados capellanes, gozan de los derechos y están sujetos a las obligaciones de los párrocos, a no ser que por la naturaleza del asunto

o por sus estatutos particulares conste otra cosa, siendo su jurisdicción cumulativa con el párroco del lugar, conforme al artículo IV.

VIII. En lo referente a los religiosos y miembros de sociedades de vida apostólica que prestan su servicio en el "Ordinariato", procure diligentemente el Ordinario que se mantengan fieles a su vocación y a la identidad de su Instituto y estrechamente unidos a sus superiores.

IX. Puesto que todos los fieles deben cooperar a la edificación del Cuerpo de Cristo (11), el Ordinario y su presbiterio deben procurar que los fieles laicos del "Ordinariato", tanto individual como colectivamente, actúen como fermento apostólico y también misionero entre los demás militares con los que conviven.

X. Pertenecen al "Ordinariato" militar, y están bajo su jurisdicción, además de los que señalen los estatutos, conforme al art. I:

1o. Todos los fieles que son militares y los empleados civiles que sirven a las Fuerzas Armadas, con tal que se consideren así a tenor de las leyes civiles dadas para ellos;

2o. Todos los miembros de sus familias, es decir, esposos e hijos, incluidos aquellos que, emancipados, vivan en la misma casa; así como los parientes y los empleados domésticos que así mismo vivan en la misma casa;

3o. Los que frecuentan centros militares y los que se encuentran en hospitales militares, residencias de ancianos o lugares semejantes o prestan servicio en ellos;

4o. Todos los fieles de uno y otro sexo, pertenecientes o no a algún instituto religioso que ejercen un oficio permanente confiado por el Ordinario

10) Cf. C.I.C., can. 496.

11) Cf. C.I.C., can. 208.

rio militar o con su consentimiento.

XI. El Ordinario militar depende o de la Congregación para los Obispos o de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y según la diversidad de los casos trata sus asuntos con los dicasterios competentes de la Curia Romana.

XII. El Ordinario militar enviará cada quinquenio a la Santa Sede la relación sobre el estado de su "Ordinariato", conforme a la fórmula prescrita. Asimismo el Ordinario militar está obligado a la visita "ad Limina", según lo ordenado por el derecho (12).

XIII. En los estatutos particulares, respetando siempre, donde los haya, los Acuerdos entre la Santa Sede y los Estados, se determinará entre otras cosas:

1o. en qué lugar estará ubicada la Iglesia del Ordinario castrense y su curia;

2o. si ha de haber uno o más vicariatos generales y quiénes han de ser nombrados oficiales de la curia;

3o. cuál es la condición eclesiástica del Ordinario castrense y de los demás sacerdotes o diáconos adscritos al "Ordinariato" militar, durante su cargo y al cesar en el mismo; como también qué normas hay que observar en lo referente a la condición militar de los mismos;

4o. cómo hay que proceder en el caso de sede vacante o impedida;

5o. cómo se debe actuar en lo referente al consejo pastoral, tanto el de todo el "Ordinariato" como el local, tenidas en cuenta las normas del Código de Derecho Canónico;

6o. qué libros debe haber de la administración de sacramentos y del estado de las personas, a tenor de las leyes generales y las disposiciones de la Conferencia Episcopal.

XIV. En lo referente a las causas judiciales de los feligreses del "Ordinariato" militar, es competente en primera instancia el tribunal diocesano donde

tiene su sede la curia del "Ordinariato" militar; en los estatutos se designará de una manera permanente el tribunal de apelación. Sin embargo, si el "Ordinariato" tuviera su propio tribunal, las apelaciones se llevarán al tribunal que designare como permanente el mismo Ordinario castrense, con la previa aprobación de la Sede Apostólica (13).

Todo lo que ordenamos en esta Constitución nuestra, entrará en vigor a partir del 21 de julio del presente año. Pero las normas de derecho particular permanecerán vigentes en tanto en cuanto estén conformes con esta Constitución Apostólica; sin embargo cada "Ordinariato" castrense redactará sus estatutos según la norma del artículo I en el término de un año a partir de la entrada en vigor de esta Constitución, los cuales deberán ser sometidos a la revisión de la Santa Sede.

Queremos por tanto que estas prescripciones y normas nuestras sean firmes y eficaces ahora y en el futuro, sin que obsten en todo caso, las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas emanadas de nuestros predecesores, y las demás prescripciones, incluso las dignas de peculiar mención y derogación.

Dado en Roma, en San Pedro, el día 21 de abril del año 1986, VIII de nuestro Pontificado.

Joannes Paulus p. II

12) Cf. C.I.C., cann. 399 y 400, pp. 1 y 2. Vid. Sagrada Congregación Consistorial, Decr. *De Sacrorum Liminum visitatione a Vicariis castransibus peragenda*, día 28 de febrero de 1959: AAS 51, 1959, págs. 272-274.

13) Cf. C.I.C., can. 1438, n. 2o.

EL MISTERIO DE LA CREACION AUDIENCIA GENERAL

1. En la indefectible y necesaria reflexión que el hombre de todo tiempo está inclinado a hacer sobre la propia vida, dos preguntas emergen con fuerza, como eco de la voz misma de Dios: "¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?". Si la segunda pregunta se refiere al futuro último, el término definitivo, la primera se refiere al origen del mundo y del hombre y es también fundamental. Por eso estamos justamente impresionados por el extraordinario interés reservado al problema de los orígenes. No se trata sólo de saber cuándo y cómo ha surgido materialmente el cosmos y ha aparecido el hombre, cuanto más bien de descubrir qué sentido tiene tal origen, si lo preside el caso, el destino ciego, o bien un Ser transcendente, inteligente y bueno, llamado Dios. Efectivamente, en el mundo existe el mal y el hombre que tiene experiencia de ello no puede dejar de preguntarse de dónde proviene y por responsabilidad de quién, y si existe una esperanza de liberación. "¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes?", se pregunta en resumen el Salmista, admirado frente al acontecimiento de la creación (*Sal* 8, 5).

2. La pregunta sobre la creación aflora en el ánimo de todos, del hombre sencillo y del docto. Se puede decir que la ciencia moderna ha nacido en estrecha vinculación, aunque no siempre en buena armonía, con la verdad bíblica de la creación. Y hoy, aclaradas mejor las relaciones recíprocas entre verdad científica y verdad religiosa, muchísimos científicos, aun planteando legítimamente problemas no pequeños como los referentes al evolucionismo de las formas vivientes, en particular del hombre, o el que trata del finalismo inmanente en el cosmos mismo en su devenir, van asumiendo una actitud cada vez más participativa y respetuosa con relación a la fe cristiana sobre la creación. He aquí, pues, un campo que se abre para un diálogo benéfico entre modos de acercamiento a la realidad del mundo y del hombre reconocidos lealmente como diversos, y sin embargo convergentes a nivel más profundo en favor del único hombre, creado —como dice la Biblia en su primera página— a "imagen de Dios" y por tanto "dominador" inteligente y sabio del mundo (cf. *Gén* 1, 27-28).

3. Además, nosotros los cristianos reconocemos con profundo estupor, si bien con obligada actitud crítica, que en todas las religiones, desde las más antiguas y ahora desaparecidas, a las hoy presentes en el planeta, se busca una "respuesta a los enigmas recónditos de la condición humana... ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y el fin de nuestra vida? ¿Qué es el bien y qué el pecado? ¿Cuál es el origen y el fin del dolor?... ¿Cuál es, finalmente, aquel último e inefable misterio que envuelve nuestra existencia, del cual procedemos y hacia el cual nos dirigimos?" (Declaración *Nostra aetate*, 1). Siguiendo el Concilio Vaticano II, en su Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas, reafirmamos que "la Iglesia católica nada rechaza de lo que en estas religiones hay de verdadero y santo", ya que "no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres" (*Nostra aetate*, 2). Y por otra parte es tan innegablemente grande, vivificadora y original la visión bíblico-cristiana de los orígenes del cosmos y de la historia, en particular del hombre —y ha tenido una influencia tan grande en la formación espiritual, moral y cultural de pueblos enteros durante más de veinte siglos— que hablar de ello explícitamente, aunque sea sintéticamente, es un deber que ningún Pastor ni catequista puede eludir.

4. La revelación cristiana manifiesta realmente una extraordinaria riqueza acerca del misterio de la creación, signo no pequeño y muy conmovedor de la ternura de Dios que precisamente en los momentos más angustiosos de la existencia humana, y por tanto en su origen y en su futuro destino, ha querido hacerse presente con una palabra continua y coherente, aun en la variedad de las expresiones culturales.

Así, la Biblia se abre en absoluto con una primera y luego con una segunda narración de la creación, donde todo tiene origen en Dios: las cosas, la vida, el hombre (*Gén* 1-2), y este origen se enlaza con el otro capítulo sobre el origen, esta vez en el hombre, con la tentación del maligno, del pecado y del mal (*Gén* 3). Pero he aquí que Dios no abandona a sus creaturas. Y así, pues, una llama de esperanza se enciende hacia un futuro de una nueva creación liberada del mal (es el llamado protoevangelio, *Gén* 3, 15, cf. 9, 13). Estos tres hilos: la acción creadora y positiva de Dios, la rebelión del hombre y, ya desde los orígenes, la promesa por parte de Dios de un mundo nuevo, forman el tejido de la historia de la salvación, determinando el contenido global de la fe cristiana en la creación.

5. En las próximas catequesis sobre la creación, al dar el debido lugar a la Escritura, como fuente esencial, mi primera tarea será recordar la gran tradición de la Iglesia, primero con las expresiones de los Concilios y del magisterio ordinario, y también con las apasionantes y penetrantes reflexiones de tantos teólogos y pensadores cristianos.

Como en un camino constituido por muchas etapas, la catequesis sobre la creación tocará ante todo el hecho admirable de la misma como la confesamos al comienzo del Credo o Símbolo Apostólico: "Creo en Dios creador del cielo y de la tierra"; reflexionaremos sobre el misterio que encierra toda la realidad creada, en su proceder de la nada, admirando a la vez la omnipotencia de Dios y la sorpresa gozosa de un mundo contingente que existe en virtud de esa omnipotencia. Podremos reconocer que la creación es obra amorosa de la Trinidad Santísima y es revelación de su gloria. Lo que no quita, sino que por el contrario afirma, la legítima autonomía de las cosas creadas, mientras que al hombre, como centro del cosmos, se le reserva una gran atención, en su realidad de "imagen de Dios", de ser espiritual y corporal, sujeto de conocimiento y de libertad. Otros temas nos ayudarán más adelante a explorar este formidable acontecimiento creativo, en particular el gobierno de Dios sobre el mundo, su omnisciencia y providencia, y cómo a la luz del amor fiel de Dios el enigma del mal y del sufrimiento halla su pacificadora solución.

6. Después de que Dios manifestó a Job su divino poder creador (*Job* 38-41), éste respondió al Señor y dijo: "Sé que lo puedes todo y que no hay nada que te cohiba... Sólo de oídas te conocía; mas ahora te han visto mis ojos" (*Job* 42, 2-5). Ojalá nuestra reflexión sobre la creación nos conduzca al descubrimiento de que, en el acto de la fundación del mundo y del hombre, Dios ha sembrado el primer testimonio universal de su amor poderoso, la primera profecía de la historia de nuestra salvación.

CREO EN DIOS... CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA

AUDIENCIA GENERAL

1. La verdad acerca de la creación es objeto y contenido de la fe cristiana: únicamente está presente de modo explícito en la Revelación. Efectivamente, no se la encuentra sino muy vagamente en las cosmogonías mitológicas fuera de la Biblia, y está ausente de las especulaciones de antiguos filósofos, incluso de los máximos, como Platón y Aristóteles, que no obstante han elaborado un concepto bastante elevado de Dios como Ser totalmente perfecto, como Absoluto. La inteligencia humana puede por sí sola llegar a formular la verdad de que el mundo y los seres contingentes (no necesarios) dependen del Absoluto. Pero la formulación de esta dependencia como "creación" —por lo tanto, basándose en la verdad acerca de la creación— pertenece originalmente a la Revelación divina y en este sentido es una verdad de fe.

2. Se proclama esta formulación al comienzo de las profesiones de fe, comenzando por las más antiguas, como el Símbolo Apostólico: "Creo en Dios... Creador del cielo y de la tierra"; y el Símbolo niceno-constantinopolitano: "Creo en Dios... Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible"; hasta la pronunciada por el Papa Pablo VI y que lleva el título de *Credo del Pueblo de Dios*: "Creemos en un solo Dios... Creador de las cosas visibles, como es este mundo en el que transcurre nuestra vida pasajera, de las cosas invisibles como los espíritus puros que reciben también el nombre de ángeles y Creador en cada hombre de su alma espiritual e inmortal" (*Insegnamenti di Paolo VI*, vol. VI, 1968, pág. 302).

3. En el "Credo" cristiano la verdad acerca de la creación del mundo y del hombre por obra de Dios ocupa un puesto fundamental por la riqueza especial de su contenido. Efectivamente no se refiere sólo al origen del mundo como resultado del acto creador de Dios, sino que *revela también a Dios como Creador*. Dios, que habló por medio de los Profetas y últimamente por medio del Hijo (cf. *Heb* 1, 1), ha hecho conocer a todos los que acogen su Revelación no sólo que precisamente El ha creado el mundo, sino sobre todo *qué significa ser Creador*.

4. La *Sagrada Escritura* (Antiguo y Nuevo Testamento) está impregnada, en efecto, por la verdad acerca de la creación y acerca del Dios Creador. El primer libro de la Biblia, el libro del Génesis, comienza con la afirmación de esta verdad: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra" (*Gén* 1, 1). Sobre esta verdad retornan numerosos pasajes bíblicos, mostrando cuán profundamente ha penetrado la fe de Israel. Recordemos al menos algunos de ellos. Se dice en los Salmos: "Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes; El la fundó sobre los mares" (23/24, 1-2). "Tuyo es el cielo, tuya es la tierra, tú cimentaste el orbe y cuanto contiene" (88/89, 12). "Suyo es el mar, porque El lo hizo; la tierra firme que modelaron sus manos" (94/95, 5). "Su misericordia llena la tierra. La palabra del Señor hizo el cielo... porque El lo dijo y existió, El lo mandó y surgió" (32/33, 5-6. 9). "Benditos seáis del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (113/114-115, 15). La misma verdad profesa el autor del libro de la Sabiduría: "Dios de los padres y Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste todas las cosas..." (9, 1). Y el Profeta Isaías dice en primera persona la palabra de Dios Creador: "Yo soy el Señor, el que lo ha hecho todo" (44, 24).

No menos claros son los testimonios que hay en el Nuevo Testamento. Así, por ejemplo, en el Prólogo del Evangelio de Juan se dice: "Al principio era el Verbo... Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha

sido hecho" (1, 1. 3). La Carta a los Hebreos, por su parte, afirma: "Por la fe conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible" (11, 3).

5. En la verdad de la creación se expresa el pensamiento de que *todo lo que existe fuera de Dios ha sido llamado a la existencia* por El. En la Sagrada Escritura hallamos textos que hablan de ello claramente.

Es el caso de la madre de los siete hijos, de quienes habla el libro de los Macabeos, la cual ante la amenaza de muerte, anima al más joven de ellos a profesar la fe de Israel, diciéndole: "Mira el cielo y la tierra... de la nada lo hizo todo Dios y todo el linaje humano ha venido de igual modo" (2 Mac 7, 28). En la Carta a los Romanos leemos: "Abraham creyó en Dios, que da vida a los muertos y llama a lo que es lo mismo que a lo que no es" (4, 17).

"Crear" quiere decir, pues: *hacer de la nada, llamar a la existencia, es decir formar un ser de la nada*. El lenguaje bíblico deja entrever este significado ya en la primera palabra del libro del Génesis: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra". El término "creó" traduce el hebreo "bara", que expresa una acción de extraordinaria potencia, cuyo único sujeto es Dios. Con la reflexión post-exílica se comprende cada vez mejor el alcance de la intervención divina inicial, que en el segundo libro de los Macabeos se presenta finalmente como un producir "de la nada" (7, 28). Los Padres de la Iglesia y los teólogos esclarecerán ulteriormente el significado de la acción divina, hablando de creación "de la nada" (*creatio ex nihilo*; más precisamente: *ex nihilo sui et subiecti*). En el acto de la creación Dios es principio exclusivo y directo del nuevo ser, con exclusión de cualquier materia preexistente.

6. Como Creador, Dios está en cierto modo "fuera" de la creación y la creación está "fuera" de Dios. Al mismo tiempo, la creación es completa y plenamente deudora de Dios en su propia existencia (*de ser lo que es*), porque tiene su origen completa y plenamente en el poder de Dios.

También puede decirse que mediante este poder creador (la omnipotencia) Dios está en la creación y la creación está en El. Sin embargo, esta inmanencia de Dios no menoscaba para nada la trascendencia que le es propia con relación a todo a lo que El da la existencia.

7. Cuando el Apóstol Pablo llegó al Areópago de Atenas, habló así a los oyentes que se habían reunido allí: "Al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el cual está escrito: Al Dios desconocido. Pues ése que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, es Señor del cielo y de la tierra..." (Act 17, 23-24).

Es significativo que los atenienses, los cuales reconocían muchos dioses (politéismo pagano), escucharan estas palabras sobre el único Dios Creador sin plantear objeciones. Este detalle parece confirmar que la verdad acerca de la creación constituye un punto de encuentro entre los hombres que profesan religiones diversas. Quizá la verdad de la creación está arraigada de modo originario y elemental en diversas religiones, aun cuando en ellas no se encuentren conceptos suficientemente claros, como los que se contienen en las Sagradas Escrituras.

LA CREACION ES OBRA DE LA TRINIDAD

AUDIENCIA GENERAL

1. La reflexión sobre la verdad de la creación, con la que Dios llama al mundo de la nada a la existencia, impulsa la mirada de nuestra fe a la contemplación de *Dios Creador*, el cual revela en la creación su omnipotencia, su sabiduría y su amor. *La omnipotencia del Creador* se muestra tanto en el llamar a las criaturas de la nada a la existencia, como en mantenerlas en la existencia. “¿Cómo podría subsistir nada si tú no quisieras, o cómo podría conservarse sin ti?”, pregunta el autor del libro de la Sabiduría (11, 25).

2. *La omnipotencia revela también el amor* de Dios que, al crear, da la existencia a seres diversos de El y a la vez diferentes entre sí. La realidad del don impregna todo el ser y el existir de la creación. Crear significa donar (donar sobre todo la existencia). *Y el que dona, ama*. Lo afirma el autor del libro de la Sabiduría cuando exclama: “Ama todo cuando existe y nada aborreces de lo que has hecho, pues si tú hubieras odiado alguna cosa, no la hubieras formado” (11, 24); y añade: “A todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amor de la vida” (11, 26).

3. El amor de Dios es desinteresado: mira solamente a que el bien venga a la existencia, perdure y se desarrolle según la dinámica que le es propia. Dios Creador es Aquel “que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad” (Ef 1, 11). Y toda la obra de la creación pertenece al plan de la salvación, al misterioso proyecto “oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas” (Ef 3, 9). Mediante el acto de la creación del mundo, y en particular del hombre, el plan de la salvación comienza a realizarse. La creación es obra de la Sabiduría que ama, como

recuerda la Sagrada Escritura varias veces (cf. por ejemplo, *Prov* 8, 22-36).

Está claro, pues, que la verdad de fe sobre la creación se contraponen de manera radical a las teorías de la filosofía materialista, las cuales consideran el cosmos como resultado de una evolución de la materia que puede reducirse a pura casualidad y necesidad.

4. Dice San Agustín: “Es necesario que nosotros, viendo al Creador a través de las obras que ha realizado, nos elevemos a la contemplación de la Trinidad, de la cual lleva la huella la creación en cierta y justa proporción” (*De Trinitate*, VI, 10, 12). Es verdad de fe que el mundo tiene su comienzo en el Creador, que es Dios uno y trino. Aunque la obra de la creación se atribuya sobre todo al Padre —efectivamente, así profesamos en los Símbolos de la Fe (“Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”)— es también verdad de fe que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el único e indivisible “principio” de la creación.

5. La Sagrada Escritura confirma de diversos modos esta verdad: ante todo, por lo que se refiere al Hijo, el Verbo, la Palabra consustancial al Padre. Ya en el Antiguo Testamento están presentes algunas alusiones significativas, como por ejemplo este elocuente versículo del Salmo: “La palabra del Señor hizo el cielo” (*Sal* 32/33, 6). Se trata de una afirmación que encuentra su plena explicitación en el Nuevo Testamento, así por ejemplo en el Prólogo de Juan: “Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios... Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho... y por El fue

hecho el mundo” (*Jn* 1, 1-2, 10). Las Cartas de Pablo proclaman que todas las cosas han sido hechas “en Jesucristo”: efectivamente, en ellas se habla de “un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también” (*1 Cor* 8, 6). En la Carta a los Colosenses leemos: “El (Cristo) es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles... Todo fue creado por El y para El. El es antes que todo y todo subsiste en El” (*Col* 1, 15-17).

El Apóstol subraya la presencia operante de Cristo, bien sea como causa de la creación (“por El”), o bien como su fin (“para El”). Es un tema sobre el que habrá que volver. Mientras tanto, notemos que también la Carta a los Hebreos afirma que Dios por medio del Hijo, “también hizo el mundo” (1, 2), y que el “Hijo... sustenta todas las cosas con su poderosa palabra” (1, 3).

6. De este modo el Nuevo Testamento, y en particular los escritos de San Pablo y de San Juan, profundizan y enriquecen el recurso a la Sabiduría y a la Palabra creadora que ya estaba presente en el Antiguo Testamento: “La palabra del Señor hizo el cielo” (*Sal* 32/33, 6). Hacen la precisión de que el Verbo creador no sólo estaba “en Dios”, sino que “era Dios”, y también que precisamente en cuanto Hijo consustancial al Padre, el Verbo creó el mundo en unión con el Padre: “y el mundo fue hecho por El” (*Jn* 1, 10).

No sólo esto: el mundo también fue creado con referencia a la persona (hipóstasis) del Verbo. “Imagen de Dios invisible” (*Col* 1, 15), el Verbo, que es el Eterno Hijo, “esplendor de la gloria del Padre e imagen de su sustancia” (cf. *Heb* 1, 3) es también el “primogénito de toda criatura” (*Col* 1, 15), en el

sentido de que todas las cosas han sido creadas en el Verbo-Hijo, para llegar a ser, en el tiempo, el mundo de las criaturas, llamado de la nada a la existencia “fuera de Dios”. En este sentido “todas las cosas fueron hechas por El y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho” (*Jn* 1, 3).

7. Se puede afirmar, pues, que la Revelación presenta una estructura del universo “lógica” (de “Logos”: Verbo) y una estructura “icónica” (de Eikón: imagen, imagen del Padre). Efectivamente, desde los tiempos de los Padres de la Iglesia se ha consolidado la enseñanza, según la cual, la creación lleva en sí “los vestigios de la Trinidad” (“*vestigia Trinitatis*”). Es obra del Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. En la creación se revela la Sabiduría de Dios: en ella la aludida doble estructura “lógico-icónica” de las criaturas está íntimamente unida a la estructura del don.

Cada una de las criaturas no son sólo “palabras” del Verbo, con las que el Creador se manifiesta a nuestra inteligencia, sino que son también “dones” del Don: llevan en sí la impronta del Espíritu Santo, Espíritu creador.

¿Acaso no se dice ya en los primeros versículos del Génesis: “Al principio creó Dios los cielos y la tierra (= el universo)... y el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas” (*Gén* 1, 1-2)? La alusión, sugestiva aunque vaga, a la acción del Espíritu en este primer “principio” del universo, resulta muy significativa para nosotros que la leemos a la luz de la plena revelación neo-testamentaria.

8. La creación es obra de Dios uno y trino. El mundo “creado” en el Verbo-Hijo, es “restituido” juntamente con el Hijo al Padre, por medio de ese Don Increado, consustancial a ambos, que es el Espíritu Santo. De este modo el mundo es “creado” con ese Amor que es el Espíritu del Padre y del Hijo.

Este universo abrazado por el eterno Amor, comienza a existir en el instante elegido por la Trinidad como comienzo del tiempo.

De este modo la creación del mun-

do es obra del Amor: el universo, don creado, brota del Don Increado, del Amor recíproco del Padre y del Hijo, de la Santísima Trinidad.

LA CREACION ES REVELACION DE LA GLORIA DE DIOS

AUDIENCIA GENERAL

1. La verdad de la fe acerca de la creación de la nada (*"ex nihilo"*), sobre la que nos hemos detenido en las catequesis anteriores, nos introduce en las profundidades del misterio de Dios, Creador "del cielo y de la tierra". Según la expresión del Símbolo Apostólico: "Creo en Dios padre todopoderoso, Creador. . .", la creación se atribuye principalmente al Padre. En realidad es obra de las Tres Personas de la Trinidad, según la enseñanza ya presente de algún modo en el Antiguo Testamento y revelada plenamente en el Nuevo, especialmente en los textos de Pablo y Juan.

2. A la luz de estos textos apostólicos, podemos afirmar que la creación del mundo encuentra su modelo en la eterna generación del Verbo, del Hijo, de la misma sustancia que el Padre, y su fuente en el Amor que es el Espíritu Santo. Este Amor-Persona, consustancial al Padre y al Hijo, es juntamente con el Padre y con el Hijo, fuente de la creación del mundo de la nada, es decir, del don de la existencia a cada ser. De este don gratuito participa toda la multiplicidad de los seres "visibles e invisibles" tan variada que parece casi ilimitada, y todo lo que el lenguaje de la cosmología indica como "macrocosmo" y "microcosmo".

3. La verdad de fe acerca de la creación del mundo, al hacernos penetrar en las profundidades del misterio trinitario, nos descubre lo que la Biblia llama "Gloria de Dios" (*Kabod Jahvé, doxa tou Theou*). La Gloria de Dios está ante todo en El mismo: es la gloria "interior", que, por así decirlo, colma la misma profundidad ilimitada y la infinita perfección de la única Divinidad en la Trinidad de las Personas. Esta perfección infinita, en cuanto plenitud absoluta del Ser y de Santidad, es también plenitud de Verdad y de Amor en el contemplarse y donarse recíproco (y, por lo tanto, en la comunión) del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Mediante la obra de la creación la gloria interior de Dios, que brota del misterio mismo de la Divinidad, en cierto modo, se traslada "fuera": a las criaturas del mundo visible y del invisible, en proporción a su grado de perfección.

4. Con la creación del mundo (visible e invisible) comienza como una nueva dimensión de la gloria de Dios, llamada "exterior" para distinguirla de la precedente. La Sagrada Escritura habla de ella en muchos pasajes y de modos diversos. Basten algunos ejemplos.

El Salmo 18/19 dice: "El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos. . . Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje" (1. 2. 4). El libro del Sirácida afirma a su vez: "El sol sale y lo alumbró todo, y la gloria del Señor se refleja en todas sus obras" (42, 16). El libro de Baruc tiene una expre-

sión muy singular y sugestiva: "Los astros brillan en sus atalayas y se complacen. Los llama y contestan: 'Hemos aquí'. Lucen alegremente en honor del que los hizo" (3, 34).

5. En otro lugar el texto bíblico suena como una llamada dirigida a las criaturas a fin de que proclamen la gloria de Dios Creador. Así, por ejemplo, el libro de Daniel: "Criaturas todas del Señor: bendecid al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos" (3, 57). O el Salmo 65/66: "Aclamad al Señor, tierra entera, tocad en honor de su nombre, cantad himnos a su gloria; decid a Dios: Qué temibles son tus obras, por tu inmenso poder tus enemigos te adulan. Que se postre ante ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre" (1-4).

La Sagrada Escritura está llena de expresiones semejantes: "Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría, la tierra está llena de tus criaturas" (Sal 103/104, 24). Todo el universo creado es una multiforme, potente e incesante llamada a proclamar la gloria del Creador: "Por mi vida y por mi gloria que hinche la tierra toda" (Núm 14, 21); porque "tuyas son las riquezas y la gloria" (1 Par 29, 12).

6. Este himno de gloria, grabado en la creación, espera un ser capaz de darles una adecuada expresión conceptual y verbal, un ser que alabe el santo nombre de Dios y narre las grandezas de sus obras (Sir 17, 8). Este ser en el mundo visible es el hombre. A él se dirige la llamada que sube del universo; el hombre es el portavoz de las criaturas y su intérprete ante Dios.

7. Retornemos de nuevo por un instante a las palabras, con las que el Concilio Vaticano I formula la verdad acerca de la creación y acerca del Creador del mundo. "Este único verdadero Dios, en su bondad y 'omnipotente virtud', no para aumentar su bienaventuranza, ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que distribuye a las criaturas, con decisión sumamente libre, simultáneamente desde el principio del tiempo, sacó de la nada una y otra criatura. . ." (DS 3002).

Este texto explicita con un lenguaje propio la misma verdad acerca de la creación y acerca de su finalidad, que encontramos presente en los textos bíblicos. El Creador no busca en la obra de la creación ningún "complemento" de Sí mismo. Tal modo de razonar estaría en abierta antítesis con lo que Dios es en Sí mismo. Efectivamente, El es el Ser totalmente e infinitamente perfecto. No tiene, pues, necesidad alguna del mundo. Las criaturas, las visibles y las invisibles, no pueden "añadir" nada a la Divinidad de Dios uno y trino.

8. ¡Y sin embargo, Dios crea! Las criaturas, llamadas por Dios a la existencia con una decisión plenamente libre y soberana, participan de modo real, aun cuando limitado y parcial, de la perfección de la absoluta plenitud de Dios. Se diferencian entre sí por el grado de perfección que han recibido, a partir de los seres inanimados, subiendo a los animados, hasta llegar al hombre; mejor, subiendo aún más, hasta las criaturas de naturaleza puramente espiritual. El conjunto de las criaturas constituye el universo: el cosmos visible e invisible, en cuya totalidad y en cuyas partes se refleja la eterna Sabiduría y se manifiesta el inagotable Amor del Creador.

9. En la revelación de la Sabiduría y del Amor de Dios está el fin primero y principal de la creación y en ella se realiza el misterio de la gloria de Dios, según la palabra de la Escritura: "Criaturas todas del Señor: bendecid al Señor" (Dan 3, 57). En el misterio de la gloria todas las criaturas adquieren su significado transcendental: "superándose" a sí mismas para abrirse a Aquel, en quien tiene su comienzo. . . y su meta.

Admiremos, pues, con fe la obra del Creador y alabemos su grandeza:
 "Cuántas son tus obras, Señor, / y todas las hiciste con sabiduría, / la tierra está
 llena de tus criaturas. / Gloria a Dios para siempre, / goce el Señor con sus obras. /
 Cantaré al Señor mientras viva, / tocaré para mí Dios mientras exista" (Sal 103/
 104, 24, 31, 33-34).

LA CREACION Y LA LEGITIMA AUTONOMIA DE LAS COSAS CREADAS

AUDIENCIA GENERAL

1. La creación, sobre cuyo fin hemos meditado en la catequesis anterior desde el punto de vista de la dimensión "trascendental", exige también una reflexión desde el punto de vista de la dimensión immanente. Esto se ha hecho especialmente necesario hoy por el progreso de la ciencia y de la técnica, que ha introducido cambios significativos en la mentalidad de muchos hombres de nuestro tiempo. Efectivamente, "muchos de nuestros contemporáneos —leemos en la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia y el mundo contemporáneo—, parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia" (*Gaudium et spes*, 36).

El Concilio afrontó este problema, que está íntimamente vinculado con la verdad de fe acerca de la creación y su fin, proponiendo una explicación clara y convincente del mismo. Escuchémosla.

2. "Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los

hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar, con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios.

"Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

"Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a

quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida" (*Gaudium et spes*, 36).

3. Hasta aquí el texto conciliar. Este constituye un desarrollo de la enseñanza que ofrece la fe sobre la creación y establece una confrontación iluminadora entre esta verdad de la fe y la mentalidad de los hombres de nuestro tiempo, fuertemente condicionada por el desarrollo de las ciencias naturales y del progreso de la técnica.

Tratemos de recoger en una síntesis orgánica los principales pensamientos contenidos en el párrafo 36 de la Constitución *Gaudium et spes*.

A) A la luz de la doctrina del Concilio Vaticano II la verdad acerca de la creación no es sólo una verdad de fe, basada en la Revelación del Antiguo y Nuevo Testamento. Es también una verdad que une a todos los hombres creyentes "sea cual fuere su religión", es decir, a todos los que "escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación".

B) Esta verdad, plenamente manifestada en la Revelación, es sin embargo accesible de por sí a la razón humana. Esto se puede deducir del conjunto de la argumentación del texto conciliar y particularmente de las frases: "La criatura sin el Creador desaparece... por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida". Estas expresiones (al menos de modo indirecto) indican que el mundo de las criaturas tiene necesidad de la Razón última y de la Causa primera. En virtud de su misma naturaleza los seres contingentes tienen necesidad, para existir, de un apoyo en el Absoluto (en el Ser necesario), que es Existencia por sí ("Esse subsis-

tens"). El mundo contingente y fugaz "desaparece sin el Creador".

C) Con relación a la verdad, así entendida, acerca de la creación, el Concilio establece una distinción fundamental entre la autonomía "legítima" y la "ilegítima" de las realidades terrenas. Ilegítima (es decir, no conforme a la verdad de la Revelación) es la autonomía que proclame la independencia de las realidades creadas por Dios Creador, y sostenga "que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador". Tal modo de entender y de comportarse niega y rechaza la verdad acerca de la creación; y la mayor parte de las veces —si no es incluso por principio— esta posición se sostiene precisamente en nombre de la "autonomía" del mundo, y del hombre en el mundo, del conocimiento y de la acción humana.

Pero hay que añadir inmediatamente que en el contexto de una "autonomía" así entendida, es el hombre quien en realidad queda privado de la propia autonomía con relación al mundo, y acaba por encontrarse de hecho sometido a él. Es un tema sobre el que volveremos.

D) La "autonomía de las realidades terrenas" entendida de este modo es —según el texto citado de la Constitución *Gaudium et spes*— no sólo ilegítima, sino también inútil. Efectivamente, las cosas creadas gozan de una autonomía propia de ellas "por voluntad del Creador", que está arraigada en su misma naturaleza, perteneciendo al fin de la creación (en su dimensión immanente). "Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden".

La afirmación, si se refiere a todas las criaturas del mundo visible, se refiere de modo eminente al hombre. En efecto, el hombre, en la misma medida

en que trata de "descubrir, emplear y ordenar" de modo coherente las leyes y los valores del cosmos, *no sólo participa de manera creativa en la autonomía legítima de las cosas creadas, sino que realiza de modo correcto la autonomía que le es propia*. Y así se encuentra con la finalidad immanente de la creación, e indirectamente también con el Creador: "Está llevado, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo a todas las cosas, da a todas ellas el ser" (*Gaudium et spes*, 36).

4. Se debe añadir que con el problema de la "legítima autonomía de las realidades terrenas", se vincula también el problema, hoy muy sentido, de la "ecología", es decir, la preocupación por la protección y preservación del ambiente natural.

El desequilibrio ecológico, que su-

pone siempre una forma de egoísmo anticomunitario, nace de un uso errático —y en definitiva nocivo— de criaturas, cuyas leyes y orden natural se violan, ignorando o despreciando la finalidad que es immanente en la obra de la creación. También ese modo de comportamiento se deriva de una interpretación de la autonomía de cosas terrenas. Cuando el hombre estas cosas "sin referirlas al Creador —por utilizar también las palabras de la Constitución conciliar— se hace a mismo daños incalculables. La solución del problema de la amenaza ecológica está en relación íntima con los principios de la "legítima autonomía de las realidades terrenas", es decir, *definitiva, con la verdad acerca de la creación y acerca del Creador del mundo*.

EL HOMBRE, CREADO A IMAGEN DE DIOS

AUDIENCIA GENERAL

1. El Símbolo de la fe habla de Dios "Creador del cielo y de la tierra, *de todo lo visible y lo invisible*"; no habla directamente de la creación del hombre. El hombre, en el contexto soteriológico del Símbolo, aparece con referencia a la Encarnación, lo que es evidente de modo particular en el Símbolo niceno-constantinopolitano, cuando se profesa la fe en Jesucristo, Hijo de Dios, que "por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo... y se hizo hombre".

Sin embargo, debemos recordar que el orden de la salvación no sólo presupone la creación, sino, más aún, toma origen de ella.

El Símbolo de la fe nos remite, en su concisión, al conjunto de la verdad revelada sobre la creación, para descubrir la posición realmente singular y excelsa que se le ha dado al hombre.

2. Como ya hemos recordado en las catequesis anteriores, el libro del Génesis contiene dos narraciones de la creación del hombre. Desde el punto de vista cronológico es anterior la descripción contenida en el segundo capítulo del Génesis, en cambio, es posterior la del primer capítulo.

En el conjunto las dos descripciones se integran mutuamente, conteniendo ambas elementos teológicamente muy ricos y preciosos.

3. En el libro del Génesis 1, 26, leemos que el sexto día dijo Dios: "*Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza*, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre todas las bestias de la tierra y sobre todos los animales que se mueven sobre ella".

Es significativo que la creación del hombre esté precedida por esta especie de declaración con la que Dios *expresa la intención de crear al hombre* a su imagen, mejor, "a nuestra imagen", en plural, (sintonizando con el verbo "hagamos"). Según algunos intérpretes, el plural indicaría el "Nosotros" divino del único Creador. Esto sería, pues, de algún modo, una primera lejana señal trinitaria. En todo caso, la creación del hombre, según la descripción del Génesis 1, va precedida de un particular "dirigirse" a Sí mismo, "ad intra", de Dios que crea.

4. Sigue luego el acto creador. "*Dios creó al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó varón y mujer*" (Gén 1, 27). En esta frase impresiona el triple uso de verbo "creó" (*bará*), que parece dar testimonio de una especial importancia e "intensidad" del acto creador. Esta misma indicación parece que debe deducirse también del hecho de que, mientras cada uno de los días de la creación se concluye con la anotación: "Vio Dios ser bueno" (cf. Gén 1, 3. 10. 12. 18. 21. 25), *después de la creación del hombre*, el sexto día, se dice que "vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho" (Gén 1, 31).

5. La descripción más antigua, la "yahvista" del Génesis 2, no utiliza la expresión "imagen de Dios". Esta pertenece exclusivamente al texto posterior, que es más "teológico".

A pesar de esto, la descripción yahvista presenta, si bien de modo indirecto, la misma verdad. Efectivamente, se dice que *el hombre*, creado por Dios-Yavé, al mismo tiempo que tiene poder para "poner nombre" a los animales (cf. Gén 2, 19-20), *no encuentra* entre todas las criaturas del mundo visible "una ayuda semejante a él", es decir, constata su singularidad. Aunque no hable directamente de la "imagen" de Dios, el relato del Génesis 2 presenta algunos de sus *elementos esenciales*: la capacidad de autoconocerse, la experiencia del propio ser en el mundo, la necesidad de colmar su soledad, la dependencia de Dios.

6. Entre estos elementos, está también la indicación de que hombre y mujer son iguales en cuanto a naturaleza y dignidad. Efectivamente, mientras que ninguna criatura podía ser para el hombre "una ayuda semejante a él", *encuentra* tal "ayuda" en la mujer creada por Dios-Yavé. Según el Génesis 2, 21-22, Dios llama a la mujer a la existencia, sacándola del cuerpo del hombre: de "una de las costillas" del hombre. Esto indica su identidad en la humanidad, su semejanza esencial, aun dentro de la distinción. Puesto que *los dos participan de la misma naturaleza*, ambos tienen la misma dignidad de persona.

7. La verdad acerca del hombre creado a "imagen de Dios" retorna también en otros pasajes de la Sagrada Escritura, tanto en el mismo Génesis ("el hombre ha sido hecho a imagen de Dios": Gén 9, 6), como en otros libros Sapienciales. En el libro de la Sabiduría se dice: "Dios creó al hombre para la inmortalidad, y lo hizo a imagen de su propia naturaleza" (2, 23). Y en el libro del Sirácida leemos: "El Señor formó al hombre de la tierra y de nuevo le hará volver a ella... Le vistió de la fortaleza a él conveniente y le hizo según su propia imagen" (17, 1. 3).

El hombre, pues, es creado *para la inmortalidad, y no cesa de ser imagen de Dios después del pecado*, aun cuando esté sometido a la muerte. Lleva en sí el reflejo de la potencia de Dios, que se manifiesta sobre todo en la facultad de la inteligencia y de la libre voluntad. El hombre es sujeto autónomo, fuente de las propias acciones,

aunque manteniendo las características de su dependencia de Dios, su Creador (*contingencia ontológica*).

8. Después de la creación del hombre, varón y mujer, el Creador "los bendijo, diciéndoles: *'Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces... y sobre las aves... y sobre todo cuanto vive'*" (Gén 1, 28). La creación a imagen de Dios constituye el fundamento del dominio sobre las otras criaturas en el mundo visible, las cuales fueron llamadas a la existencia con miras al hombre y "para él".

Del dominio del que habla el Génesis 1, 28, participan todos los hombres, a quienes el primer hombre y la primera mujer han dado origen. A ello alude también la redacción jahvista (Gén 2, 24), a la que todavía tendremos ocasión de retornar. Transmitiendo la vida a sus hijos, hombre y mujer les dan en heredad esa "imagen de Dios", que fue conferida al primer hombre en el momento de la creación.

9. De este modo el hombre se convierte en una expresión particular de la gloria del Creador del mundo creado. "*Gloria Dei vivens homo, vita autem hominis visio Dei*", escribirá San Ireneo (Adv. Haer., IV, 20, 7). El hombre es gloria del Creador en cuanto ha sido creado a imagen de El y especialmente en cuanto que accede al verdadero conocimiento del Dios viviente.

En esto encuentran fundamento el particular valor de la vida humana, como también todos los derechos humanos (que hoy se ponen tan de relieve).

10. Mediante la creación a imagen de Dios, el hombre es llamado a convertirse entre las criaturas del mundo visible, en un portavoz de la gloria de Dios, y en cierto sentido, en una palabra de su gloria.

La enseñanza sobre el hombre, contenida en las primeras páginas de la Biblia (Gén 1), se encuentra con la revelación del Nuevo Testamento acerca de la verdad de Cristo, que, como Verbo Eterno, es "imagen de Dios invisible", y a la vez "primogénito de toda criatura" (Col 1, 15).

El hombre creado a imagen de Dios adquiere, en el plan de Dios, una relación especial con el Verbo, Eterna Imagen del Padre, que en la plenitud de los tiempos se hará carne. Adán —escribe San Pablo— "es tipo del que había de venir" (Rom 1, 14). En efecto, "a los que de antes conoció (Dios Creador)... los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom 8, 29).

11. Así, pues, la verdad sobre el hombre creado a imagen de Dios no determina sólo el lugar del hombre en todo el orden de la creación, sino que habla también de su vinculación con el orden de la salvación en Cristo, que es la eterna y consustancial "imagen de Dios" (2 Cor 4, 4): imagen del Padre. La creación del hombre a imagen de Dios, ya desde el principio del libro del Génesis, da testimonio de su llamada. Esta llamada se revela plenamente con la venida de Cristo. Precisamente entonces, gracias a la acción del "Espíritu del Señor", se abre la perspectiva de la plena transformación en la imagen consustancial de Dios, que es Cristo (cf. 2 Cor 3, 18). Así la "imagen" del libro del Génesis (1, 27), alcanza la plenitud de su significado revelado.

EL HOMBRE, IMAGEN DE DIOS, ES UN SER ESPIRITUAL Y CORPORAL

AUDIENCIA GENERAL

1. El hombre creado a imagen de Dios es un ser al mismo tiempo corporal y espiritual, es decir, un ser que, desde un punto de vista, está vinculado al mundo exterior y, desde otro, lo trasciende. En cuanto espíritu, además de cuerpo es persona. Esta verdad sobre el hombre es objeto de nuestra fe, como lo es la verdad bíblica sobre su constitución a "imagen y semejanza" de Dios; y es una verdad que presenta constantemente a lo largo de los siglos el Magisterio de la Iglesia.

La verdad sobre el hombre no cesa de ser en la historia objeto de análisis intelectual, no sólo en el ámbito de la filosofía, sino también en el de otras muchas ciencias humanas: en una palabra, objeto de la antropología.

2. Que el hombre sea espíritu encarnado, si se quiere, cuerpo informado por un espíritu inmortal, se deduce ya, de algún modo, de la descripción de la creación contenida en el libro del Génesis y en particular de la narración "jahvista", que emplea, por así decir, una "escenografía" e imágenes antropomórficas. Leemos que "modeló Yavé Dios al hombre de la arcilla y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fue así el hombre ser animado" (Gén 2, 7). La continuación del texto bíblico nos permite comprender claramente que el hombre, creado de esta forma, se distingue de todo el mundo visible, y en particular del mundo de los animales. El "aliento de vida" hizo al hombre capaz de conocer estos seres, imponerles el nombre y reconocerse distinto de ellos (cf. Gén 2, 18-20). Si bien en la descripción "jahvista" no se habla del

"alma", sin embargo es fácil deducir de allí que la vida dada al hombre en el momento de la creación es de tal naturaleza que trasciende la simple dimensión corporal (la propia de los animales). Ella toca, más allá de la materialidad, la dimensión del espíritu, en la cual está el fundamento esencial de esa "imagen de Dios", que Génesis 1, 27, ve en el hombre.

3. El hombre es una unidad: es alguien que es uno consigo mismo. Pero en esta unidad está contenida una dualidad. La Sagrada Escritura presenta tanto la unidad (la persona) como la dualidad (el alma y el cuerpo). Piénsese en el libro del Sirácida, que dice por ejemplo: "El Señor formó al hombre de la tierra. Y de nuevo le hará volver a ella"; y más adelante: "Le dio capacidad de elección, lengua, ojos, oídos y corazón para entender. Llenóle de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal" (17, 1-2. 5-6).

Particularmente significativo es, desde este punto de vista, el Salmo 8, que exalta la obra maestra humana, dirigiéndose a Dios con las siguientes palabras: "¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano, para darle poder? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies" (vv. 5-7).

4. Se subraya a menudo que la tradición bíblica pone de relieve sobre todo la unidad personal del hombre, sirviéndose del término "cuerpo" para designar al hombre entero (cf. por ejemplo, Sal 144/145, 21; Jt 3, 1;

Is 66, 23; Jn 1, 14). La observación es exacta. Pero eso no quita que en la tradición bíblica esté también presente, a veces de modo muy claro, la dualidad del hombre. Esta tradición se refleja en las palabras de Cristo: "No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que el alma no pueden matarla; temed más bien a aquel que puede perder el alma y el cuerpo en la gehena" (Mt 10, 28).

5. Las fuentes bíblicas autorizan a ver al hombre como unidad personal y al mismo tiempo como dualidad de alma y de cuerpo; concepto que ha hallado expresión en toda la Tradición y en la enseñanza de la Iglesia. Esta enseñanza ha hecho suyas no sólo las fuentes bíblicas, sino también las interpretaciones teológicas que se han dado de ellas desarrollando los análisis realizados por ciertas escuelas (Aristóteles) de la filosofía griega. Ha sido un lento trabajo de reflexión, que ha culminado principalmente —bajo la influencia de Santo Tomás de Aquino— en las afirmaciones del Concilio de Viena (1312), donde se llama al alma "forma" del cuerpo: "*forma corporis humani per se et essentialiter*" (DS 902). La "forma", como factor que determina la substancia del ser "hombre", es de naturaleza espiritual. Y dicha "forma" espiritual, el alma, es inmortal. Es lo que recordó más tarde el Concilio Lateranense V (1513): el alma es inmortal, diversamente del cuerpo que está sometido a la muerte (cf. DS 1440). La escuela tomista subraya al mismo tiempo que, en virtud de la unión substancial del cuerpo y del alma, esta última, incluso después de la muerte, no cesa de "aspirar" a unirse al cuerpo. Lo que halla confirmación en la verdad revelada sobre la resurrección del cuerpo.

6. Si bien la terminología filosófica

utilizada para expresar la unidad y la complejidad (dualidad) del hombre, es a veces objeto de crítica, que fuera de duda que la doctrina sobre la unidad de la persona humana y al mismo tiempo sobre la dualidad espiritual del hombre está plenamente arraigada en la Sagrada Escritura y en la Tradición. Y a pesar de que se manifieste a menudo la convicción de que el hombre es "imagen de Dios" gracias al alma, no está ausente en la doctrina tradicional la convicción de que también el cuerpo participa, a su modo, de la dignidad de la "imagen de Dios", lo mismo que participa de la dignidad de la persona.

7. En los tiempos modernos la teoría de la evolución ha levantado una dificultad particular contra la doctrina revelada sobre la creación del hombre como ser compuesto de alma y de cuerpo. Muchos especialistas en ciencias naturales que, con sus métodos propios, estudian el problema del comienzo de la vida humana en la tierra, sostienen —contra otros colegas suyos— la existencia no sólo de un vínculo del hombre con la misma naturaleza, sino incluso su derivación de especies animales superiores. Es este problema, que ha ocupado a los científicos desde el siglo pasado, afecta a varios estratos de la opinión pública.

La respuesta del Magisterio se ofreció en la Encíclica "*Humani generis*" de Pío XII en el año 1950. Leemos en ella: "El Magisterio de la Iglesia prohíbe que se trate en las investigaciones y disputas de los entendidos en uno y otro campo, de la doctrina del 'evolucionismo', en cuanto busca el origen del cuerpo humano en una materia viva y preexistente, pues las almas nos manda la fe católica sostener que son creadas inmediatamente por Dios..." (DS 3896).

Por tanto se puede decir que

desde el punto de vista de la doctrina de la fe, no se ve dificultad en explicar el origen del hombre, en cuanto cuerpo, mediante la hipótesis del evolucionismo. Sin embargo hay que añadir que la hipótesis propone sólo una probabilidad, no una certeza científica. La doctrina de la fe, en cambio, afirma invariablemente que el alma espiritual del hombre ha sido creada directamente por Dios. Es decir, según la hipótesis a la que hemos aludido, es posible que el cuerpo humano, siguiendo el orden impreso por el Creador en las energías de la vida, haya sido gradualmente preparado en las formas de seres vivientes anteriores. Pero el alma humana, de la que depende en definitiva la humanidad del hombre, por ser espiritual, no puede salir de la materia.

EL HOMBRE IMAGEN DE DIOS, ES SUJETO DE CONOCIMIENTO Y DE LIBERTAD

AUDIENCIA GENERAL

1. "Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, y los creó varón y mujer" (Gén 1, 27).

El hombre y la mujer, creados con igual dignidad de personas como unidad de espíritu y cuerpo, se diversifican por su estructura sico-fisiológica. Efectivamente, el ser humano lleva la marca de la masculinidad y de la feminidad.

2. Al mismo tiempo que es marca de diversidad, es también indicador de complementariedad. Es lo que se deduce de la lectura del texto "jahvista", donde el hombre, al ver a la mujer apenas creada, exclama: "Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne" (Gén 2, 23). Son palabras de satisfacción y también de transporte entusiasta del hombre, al ver un ser esencialmente semejante a sí. La diversidad y a la vez la complementariedad sico-física están en el origen de la particular riqueza de humanidad, que es propia de los descendientes de Adán en toda su historia. De aquí toma vida el matrimonio, instituido por el Creador desde el "principio": "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre; se unirá a su mujer; y vendrán a ser los dos una sola carne" (Gén 2, 24).

3. A este texto del Gén 2, 24, corresponde la bendición de la fecundidad, que relata el Gén 1, 28: "Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla...". La institución del matrimonio y de la familia, contenida en el misterio de la creación del hombre, parece que se debe vincular con el mandato de "someter" la

8. Una hermosa síntesis de la creación arriba expuesta se halla en el Concilio Vaticano II: "En la unidad de cuerpo y alma —se dice allí—, el hombre, por su misma condición corporal, es una síntesis del universo material, el cual alcanza por medio del hombre su más alta cima" (*Gaudium et spes*, 14). Y más adelante añade: "No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como una partícula de la naturaleza... Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero" (*ib.*). He aquí, pues cómo se puede expresar con un lenguaje más cercano a la mentalidad contemporánea, la misma verdad sobre la unidad y la dualidad (la complejidad) de la naturaleza humana.

tierra, confiado por el Creador a la primera pareja humana.

El hombre, llamado a "someter la tierra" —tenga cuidado de: "someterla"— no devastarla, porque la creación es un don de Dios y, como tal, merece respeto—, el hombre es imagen de Dios no sólo como varón y mujer, sino también en razón de la relación recíproca de los dos sexos. Esta relación recíproca constituye el alma de la "comunidad de personas" que se establece en el matrimonio y presenta cierta semejanza con la unión de las Tres Personas Divinas.

4. El Concilio Vaticano II dice a este propósito: "Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio los hizo hombre y mujer (Gén 1, 27). Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás" (*Gaudium et spes*, 12).

De este modo la creación comporta para el hombre tanto la relación con el mundo, como la relación con el otro ser humano (la relación hombre-mujer), así como también con los otros semejantes suyos. El "someter la tierra" pone de relieve el carácter "relacional" de la existencia humana. Las dimensiones: "con los otros", "entre los otros" y "para los otros", propias de la persona humana en cuanto "imagen de Dios", establecen desde el principio el puesto del hombre entre las criaturas. Con esta finalidad es llamado el hombre a la existencia como sujeto (como "yo" concreto), dotado de conciencia intelectual y de libertad.

5. La capacidad del conocimiento intelectual distingue radicalmente al hombre de todo el mundo de los animales, donde la capacidad cognoscitiva se limita a los sentidos. El conocimiento intelectual hace al hombre capaz de discernir, de distinguir entre la verdad y la no verdad, abriendo ante él los campos de la ciencia, del pensamiento crítico, de la investigación metódica de la verdad acerca de la realidad. El hombre tiene dentro de sí una relación esencial con la verdad, que determina su carácter de ser trascendental. El conocimiento de la verdad impregna toda la esfera de la relación del hombre con el mundo y con los otros hombres, y pone las premisas indispensables de toda forma de cultura.

6. Conjuntamente con el conocimiento intelectual y su relación con la verdad, se pone la libertad de la voluntad humana, que está vinculada, por intrínseca relación, al bien. Los actos humanos llevan en sí el signo de la autodeterminación (de querer) y de la elección. De aquí nace toda la esfera de la moral: efectivamente, el hombre es capaz de elegir entre el bien y el mal, sostenido en esto por la voz de la conciencia, que impulsa al bien y aparta del mal.

Igual que el conocimiento de la verdad, así también la capacidad de elegir —es decir, la libre voluntad—, impregna toda la esfera de la relación del hombre con el mundo, y especialmente con los otros hombres, e impulsa aún más allá.

7. Efectivamente, el hombre, gracias a su naturaleza espiritual y a la capacidad de conocimiento intelectual y de libertad de elección y de acción, se encuentra, desde el principio, en una particular relación con Dios. La descripción de la creación (cf. Gén 1-3) nos permite constatar que la "imagen de Dios" se manifiesta sobre todo en la relación del "yo" humano con el "Tú" divino. El hombre conoce a Dios, y su corazón y su voluntad son capaces de unirse con Dios (*homo est capax Dei*). El hombre puede decir "sí" a Dios, pero también puede decirle "no". La capacidad de acoger a Dios y su santa voluntad, pero también la capacidad de oponerse a ella.

8. Todo esto está grabado en el significado de la "imagen de Dios", que nos presenta, entre otros, el libro del Sirácida: "El Señor formó al hombre de la tierra.

Y de nuevo le hará volver a ella. Le vistió de la fortaleza a él conveniente (a los hombres) y le hizo según su propia imagen. Infundió el temor de él en toda carne y sometió a su imperio las bestias y las aves. Dióle lengua, ojos y oídos y un corazón inteligente; llenóle de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal. Le dio ojos —¡nótese la expresión!— para que viera la grandeza de sus obras... Y añadióle ciencia, dándole en posesión una ley de vida. Estableció con ellos un pacto eterno y les enseñó sus juicios" (Sir 17, 1. 3-7. 9-10). Son palabras ricas y profundas que nos hacen reflexionar.

9. El Concilio Vaticano II expresa la misma verdad sobre el hombre con un lenguaje que es a la vez perenne y contemporáneo. "La orientación del hombre hacia el bien sólo se logra con el uso de la libertad... La dignidad humana requiere que el hombre actúe según su conciencia y libre elección..." (*Gaudium et spes*, 17). "Por su interioridad es superior al universo entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le guarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente decide su propio destino" (*Gaudium et spes*, 14). "La verdadera libertad es signo eminente de la imagen divina en el hombre" (*Gaudium et spes*, 17). La verdadera libertad es la libertad en la verdad, grada, desde el principio, en la realidad de la "imagen divina".

10. En virtud de esta "imagen" el hombre, como sujeto de conocimiento y libertad, no sólo está llamado a transformar el mundo según la medida de sus justas necesidades, no sólo está llamado a la comunión de personas propia del matrimonio (*communio personarum*), de la que toma origen la familia, y consiguientemente toda sociedad, sino que también está llamado a la Alianza con Dios. Efectivamente, él no es sólo criatura de su Creador, sino también imagen de su Dios. Es criatura como imagen de Dios, y es imagen de Dios como criatura. La descripción de la creación ya en Gén 1-3 está unida a la de la primera Alianza de Dios con el hombre. Esta Alianza (lo mismo que la creación) es una iniciativa totalmente soberana de Dios Creador, y permanecerá inmutable a lo largo de la historia de la salvación, hasta la Alianza definitiva y eterna que Dios realizará con la humanidad en Jesucristo.

11. El hombre es el sujeto idóneo para la Alianza, porque ha sido creado "a imagen" de Dios, capaz de conocimiento y de libertad. El pensamiento cristiano ha vislumbrado en la "semejanza" del hombre con Dios el fundamento para la llamada del hombre a participar en la vida interior de Dios: su apertura a lo sobrenatural.

Así, pues, la verdad revelada acerca del hombre, que en la creación ha sido hecho "a imagen y semejanza de Dios", contiene no sólo todo lo que en él es "humanum", y, por lo mismo, esencial a su humanidad, sino potencialmente también lo que es "divinum", y por lo tanto gratuito, es decir, contiene también lo que Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo— ha previsto de hecho para el hombre como dimensión sobrenatural de su existencia, sin la cual el hombre no puede lograr toda la plenitud a la que le ha destinado el Creador.

LA DIVINA PROVIDENCIA

AUDIENCIA GENERAL

1. "Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra": el primer artículo del Credo no ha acabado de darnos sus extraordinarias riquezas, y efectivamente, la fe en Dios como creador del mundo (de las "cosas visibles e invisibles"), está orgánicamente unida a la *revelación de la Divina Providencia*.

Comenzamos hoy, dentro de la reflexión sobre la *creación*, una serie de catequesis cuyo tema está juntamente en el corazón de la fe cristiana y en el corazón del hombre llamado a la fe: el tema de la *Providencia Divina*, o de Dios que, como Padre omnipotente y sabio está presente y actúa en el mundo, en la historia de cada una de sus criaturas, para que cada criatura, y específicamente el hombre, su imagen, pueda realizar su vida como un camino guiado por la verdad y el amor hacia la meta de la vida eterna en El.

"¿Para qué fin nos ha creado Dios?", se pregunta la tradición cristiana de la catequesis. E iluminados por la gran fe de la Iglesia, tenemos que repetir, pequeños y grandes, estas palabras u otras semejantes: "Dios nos ha creado para conocerlo y amarlo en esta vida, y gozar de El eternamente en la otra".

Pero precisamente esta enorme verdad de Dios, que con rostro sereno y mano segura guía nuestra historia, paradójicamente encuentra en el corazón del hombre un doble, contrastante sentimiento: por una parte, es llevado a acoger y a confiarse a este Dios Providente, tal como afirma el Salmista: "Acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre" (*Sal* 130, 2). Por otra, en cambio, el hombre teme y duda en

abandonarse a Dios, como Señor y Salvador de su vida, o porque ofuscado por las cosas, se olvida del Creador, o porque, marcado por el sufrimiento, duda de El como Padre. En ambos casos la Providencia de Dios es demandada por el hombre. Es tal la condición del hombre, que en la misma Escritura divina Job no vacila en lamentarse ante Dios con franca confianza; de este modo, la Palabra de Dios indica que la Providencia se manifiesta dentro del mismo lamento de sus hijos. Dice Job, lleno de llagas en el cuerpo y en el corazón: "¿Quién me diera saber dónde hallarlo y llegar hasta su morada! Expondría ante El mi causa, tendría la boca llena de recriminaciones" (*Job* 23, 3-4).

2. Y de hecho, no han faltado al hombre, a lo largo de toda su historia, ya sea en el pensamiento de los filósofos, ya en las doctrinas de las grandes religiones, ya en la sencilla reflexión del hombre de la calle, razones para tratar de comprender, más aún, de justificar la actuación de Dios en el mundo.

Las soluciones son diversas y evidentemente no todas son aceptables, y ninguna plenamente exhaustiva. Hay quien desde los tiempos antiguos se ha remitido al hado o destino ciego y caprichoso, a la fortuna vendada. Hay quien para afirmar a Dios ha comprometido el libre albedrío del hombre: o quien, sobre todo en nuestra época contemporánea, para afirmar al hombre y su libertad, piensa que debe negar a Dios. Soluciones extremistas y unilaterales que nos hacen comprender al menos qué lazos fundamentales de vida entran en juego cuando decimos

"Divina Providencia": ¿cómo se conjuga la acción omnipotente de Dios con nuestra libertad, y nuestra libertad con sus proyectos infalibles? ¿Cuál será nuestro destino futuro? ¿Cómo interpretar y reconocer su infinita sabiduría y bondad ante los males del mundo: ante el mal moral del pecado y el sufrimiento del inocente? ¿Qué sentido tiene esta historia nuestra, con el despliegue a través de los siglos, de acontecimientos, de catástrofes terribles y de sublimes actos de grandeza y de santidad?... ¿El eterno, fatal retorno de todo al punto de partida sin tener jamás un punto de llegada, a no ser un cataclismo final que sepultará toda vida para siempre, o —y aquí el corazón siente tener razones más grandes que las que su pequeña lógica llega a ofrecerle— hay un Ser Providente y Positivo, a quien llamamos Dios, que nos rodea con su inteligencia, ternura, sabiduría, y guía "fortiter ac suaviter" nuestra existencia —la realidad, el mundo, la historia, nuestras mismas voluntades rebeldes, si se lo permiten— hacia el descanso del "séptimo día", de una creación que llega finalmente a su cumplimiento?

3. Aquí, en esta línea divisoria sutil entre esperanza y desesperación, se coloca, para reforzar inmensamente las razones de la esperanza, la Palabra de Dios, tan nueva, aunque invocada por todos, tan espléndida que resulta casi humanamente increíble. La Palabra de Dios nunca adquiere tanta grandeza y fascinación como cuando se confronta con los máximos interrogantes del hombre: Dios está aquí, es Emmanuel, Dios-con-nosotros (*Is* 7, 14), y en Jesús de Nazaret muerto y resucitado, Hijo de Dios y hermano nuestro, Dios muestra que "ha puesto su tienda entre nosotros" (*Jn* 1, 14). Bien podemos decir que todas

las vicisitudes de la Iglesia en el tiempo consisten en la búsqueda constante y apasionada de encontrar, profundizar, proponer, los signos de la presencia de Dios, guiada en esto por el ejemplo de Cristo y por la fuerza del Espíritu. Por lo cual, la Iglesia puede, la Iglesia quiere, la Iglesia debe decir y dar al mundo la gracia y el sentido de la Providencia de Dios, por amor al hombre, para sustraerlo al peso aplastante del enigma y confiarlo a un misterio de amor grande, incommensurable, decisivo, como es Dios. Así que el vocabulario cristiano se enriquece de expresiones sencillas que constituyen, hoy como ayer, el patrimonio de fe y de cultura de los discípulos de Cristo: Dios ve, Dios sabe, si Dios quiere, vivir en la presencia de Dios, hágase su voluntad, Dios escribe derecho con nuestros renglones torcidos..., en síntesis: La Providencia Divina.

4. La Iglesia anuncia la Divina Providencia no por invención suya, aun cuando inspirada por pensamientos de humanidad, sino porque Dios se ha manifestado así, cuando ha revelado en la historia de su pueblo que su acción creadora y su intervención de salvación estaban indisolublemente unidas, formaban parte de un único plan proyectado en los siglos eternos. Así, pues, la Sagrada Escritura en su conjunto, se convierte en el documento supremo de la divina Providencia, al manifestar la intervención de Dios en la naturaleza con la creación y aún más con la más maravillosa intervención, la redención, que nos hace criaturas nuevas en un mundo renovado por el amor de Dios en Cristo. Efectivamente, la Biblia habla de Providencia Divina en los capítulos sobre la creación y en los que más específicamente se refieren a la obra de la salvación, en el Génesis y en los Profetas, especialmente en Isaías, en los Salmos llamados de la creación y

en las profundas meditaciones de Pablo sobre los inescrutables designios de Dios que actúa en la historia (cf. especialmente *Efesios* y *Colosenses*), en los Libros Sapienciales, tan atentos a encontrar la señal de Dios en el mundo, y en el Apocalipsis, que tiende totalmente a encontrar el sentido del mundo en Dios. Al final aparece que el concepto cristiano de Providencia no es simplemente un capítulo de filosofía religiosa, sino que la fe responde a las grandes preguntas de Job y de cada uno de los hombres como él, con la visión completa de que, secundando los derechos de la razón, hace justicia a la razón misma dándole seguridad mediante las certezas más estables de la teología.

A este propósito nuestro camino se encontrará con la incansable reflexión de fe de la Tradición a la que nos remitiremos oportunamente recogiendo en el ámbito de la perenne verdad el esfuerzo de la Iglesia por hacerse compañera del hombre que se interroga sobre la Providencia continuamente y en términos nuevos. El Concilio Vaticano I y el Concilio Vaticano II, cada uno a su modo, son voces preciosas del Espíritu Santo que no hay que dejar de escuchar y sobre las que hay que meditar, sin dejarse atemorizar por la densidad del pensamiento, pero acogiendo la linfa vital de la verdad que no muere.

5. Toda pregunta seria debe recibir una respuesta seria, profunda, sólida. Por ello tocaremos los diver-

sos aspectos del único tema viendo ante todo cómo la Providencia Divina entra en la gran obra de la creación y es su afirmación, que pone de relieve la riqueza múltiple y actual de la acción de Dios. De ello se sigue que la Providencia se manifiesta como *Sabiduría trascendente* que ama al hombre y lo llama a participar en el designio de Dios, como primer destinatario de su cuidado amoroso, y al mismo tiempo como su inteligente cooperador.

La relación entre Providencia Divina y libertad del hombre no es de antítesis, sino de comunión en el amor. Incluso el problema profundo de nuestro destino futuro halla en la Revelación Divina, específicamente en Cristo, una luz providencial que, aun manteniendo intacto el misterio, nos garantiza la voluntad salvífica del Padre. En esta perspectiva, la Divina Providencia, lejos de ser negada por la presencia del mal y del sufrimiento, se convierte en el baluarte de nuestra esperanza, dejándonos entrever cómo sabe sacar bien incluso del mal. Finalmente recordaremos la gran luz que el Vaticano II irradia sobre la Providencia de Dios con relación a la *evolución y al progreso del mundo*, recogiendo al final, en la visión trascendente del reino que crece, el punto final del incesante y sabio actuar en el mundo de Dios providente. “¿Quién es sabio para entender estas cosas, y prudente para conocerlas? Pues son del todo rectos los caminos de Yavé, por ellos van los justos, pero los malvados resbalarán en ellos” (Os 14, 10).

LA DIVINA PROVIDENCIA: SABIDURÍA TRASCENDENTE QUE AMA

AUDIENCIA GENERAL

1. A la reiterada y a veces dubitativa pregunta de si Dios está hoy presente en el mundo y de qué manera, la fe cristiana responde con luminosa y sólida certeza: “Dios cuida y gobierna con su Providencia todo lo que ha creado”. Con estas palabras concisas el Concilio Vaticano I formuló la doctrina revelada sobre la Providencia Divina. Según la Revelación, de la que encontramos una rica expresión en el Antiguo Testamento, hay dos elementos presentes en el concepto de la Divina Providencia: *el elemento del cuidado* (“cuida”) y a la vez *el de la autoridad* (“gobierna”). Se compenetran mutuamente: Dios como Creador tiene sobre toda la creación *la autoridad suprema* (el “*dominium altum*”), como se dice, por analogía con el poder soberano de los príncipes terrenos. Efectivamente, todo lo que ha sido creado, por el hecho mismo de haber sido creado, *pertenece* a Dios, su Creador, y, en consecuencia, *depende* de Él. En cierto sentido, cada uno de los seres es más “de Dios” que “de sí mismo”. Es primero “de Dios” y luego, “de sí”. Lo es de un modo radical y total que supera infinitamente todas las analogías de la relación entre la autoridad y súbditos en la tierra.

2. *La autoridad del Creador* (“gobierna”) *se manifiesta como solicitud del Padre* (“cuida”). En esta otra analogía se contiene en cierto sentido el núcleo mismo de la verdad sobre la Divina Providencia. La Sagrada Escritura para expresar la misma verdad se sirve de una comparación: “El Señor —afirma— es mi Pastor: nada me falta” (Sal 22/23, 1). ¡Imagen estupenda! Si los antiguos símbolos de la fe y la tradición cristiana de los primeros siglos expresaban la verdad sobre la Providencia con el término: “Omnitenens”, correspondiente al griego “Panto-Krator”, este concepto no tiene la densidad y la belleza del “Pastor” bíblico, como nos lo comunica con sentido tan vivo la verdad revelada. La Providencia Divina es, en efecto, una “*autoridad llena de solicitud*” que ejecuta un plan eterno de sabiduría y de amor, al gobernar el mundo creado y en particular “los caminos de la sociedad humana” (cf. Concilio Vaticano II, *Dignitatis humanae*, 3). Se trata de una “*autoridad solícita*”, llena de poder y al mismo tiempo de bondad. Según el texto del libro de la Sabiduría, citado por el Concilio Vaticano I, “se extiende poderosa (*fortiter*) del uno al otro extremo y lo gobierna todo con suavidad (*suaviter*)” (Sab 8, 1), es decir, abraza, sostiene, guarda y en cierto sentido nutre, según otra expresión bíblica, toda la creación.

3. El Libro de Job se expresa así:

“Dios es sublime en su poder. / ¿Qué maestro puede compararsele. . . / El atrae las gotas de agua, / y diluye la lluvia en vapores, / que destilan las nubes, / vertiéndolas sobre el hombre a raudales. . . / Pues por ellas alimenta a los pueblos / y da de comer abundantemente” (Job 36, 22-28. 31).

“El carga de rayos las nubes, / y difunde la nube su fulgor. . . / para hacer lo que El les ordena / sobre la superficie del orbe terráqueo” (Job 37, 11-12).

De modo semejante el libro del Sirácida:

“El poder de Dios dirige al rayo / y hace volar sus saetas justicieras” (Sir 43, 14).

El Salmista por su parte, exalta la “estupenda potencia”, la “bondad inmensa”, el “esplendor de la gloria” de Dios, que “extiende su cariño a todas sus crea-

turas", y proclama: "Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano y sacias de favores a todo viviente" (Sai 144/145, 5. 6. 7. 15. 16).

Y también:

"Haces brotar hierba para los ganados, / y forraje para los que sirven al hombre; / él saca pan de los campos, / y vino que le alegra el corazón, / y aceite que da brillo a su rostro, / y alimento que le da fuerzas" (Sai 103/104, 14-15).

4. La Sagrada Escritura en muchos pasajes alaba a la Providencia Divina como suprema autoridad del mundo, la cual, llena de solicitud por todas las criaturas, y especialmente por el hombre, se sirve de la fuerza eficiente de las causas creadas. Precisamente en esto se manifiesta la sabiduría creadora, de la que se puede decir que es soberanamente *previsora*, por analogía con una dote esencial de la prudencia humana. En efecto, Dios que trasciende infinitamente todo lo que es creado, al mismo tiempo, hace que el mundo presente ese *orden maravilloso*, que se puede constatar, tanto en el macro-cosmos como en el micro-cosmos. Precisamente la Providencia, en cuanto Sabiduría trascendente del Creador, es la que hace que el mundo no sea el "caos", sino el "cosmos".

"Todo lo dispusiste con medida, número y peso" (Sab 11, 20).

5. Aunque el modo de expresarse de la Biblia refiere directamente a Dios el gobierno de las cosas, sin embargo queda suficientemente clara la diferencia entre la acción de Dios Creador como *Causa Primera*, y la actividad de las criaturas como causas segundas. Aquí nos encontramos con una pregunta que preocupa mucho al hombre moderno: la que se refiere a la *autonomía de la creación*, y por lo tanto, al papel de artífice del mundo que el hombre quiere desempeñar. Pues bien, según la fe católica, es propio de la sabiduría trascendente del Creador hacer que Dios esté presente en el mundo como *Providencia*, y simultáneamente que el mundo creado posea esa "autonomía", de la que habla el Concilio Vaticano II. En efecto, por una parte Dios, al mantener todas las cosas en la existencia, hace que sean lo que son: "por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado" (*Gaudium et spes*, 36). Por otra parte, precisamente por el modo con que Dios rige el mundo, éste se encuentra en una situación de verdadera autonomía que "responde a la voluntad del Creador" (*Gaudium et spes*, 36).

La Providencia Divina se manifiesta precisamente en dicha "autonomía de las cosas creadas", en la que se revela tanto la fuerza como la "dulzura" propias de Dios. En ella se confirma que la Providencia del Creador como sabiduría trascendente y para nosotros siempre misteriosa, abarca todo ("se extiende del uno al otro confín"), se realiza en todo con su potencia creadora y su firmeza ordenadora (fortiter), aun dejando intacta la función de las criaturas como causas segundas, inmanentes, en el dinamismo de la formación y del desarrollo del mundo, como puede verse indicado en ese "suaviter" del libro de la Sabiduría.

6. En lo que se refiere a la inmanente formación del mundo, el hombre posee, desde el principio y constitutivamente, en cuanto que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, un lugar totalmente especial. Según el libro del Génesis, fue creado para "dominar", para "someter la tierra" (cf. Gén 1, 28). Participando como sujeto racional y libre, pero siempre como criatura, en el dominio del Creador sobre el mundo, el hombre se convierte de cierta manera en "providencia" para sí mismo, según la hermosa expresión de Santo Tomás (cf. S. Th., I, 22, 2 ad 4). Pero por la misma razón gravita sobre él desde el principio una peculiar

responsabilidad tanto ante Dios como ante las criaturas, y en particular, ante los otros hombres.

7. Estas nociones sobre la Divina Providencia que nos ofrece la tradición bíblica del Antiguo Testamento, están confirmadas y enriquecidas por el Nuevo. Entre todas las palabras de Jesús que el Nuevo Testamento registra sobre este tema, son particularmente impresionantes las que narran los Evangelistas Mateo y Lucas: "No os preocupéis, pues diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo eso; pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todo eso tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura" (Mt 6, 31-33; cf. también Lc 12, 29-31).

"¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Cuanto a vosotros, aun los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, pues valéis más que muchos pajarillos" (Mt 10, 29-31; cf. también Lc 21, 18).

"Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?... Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Aprended de los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pues yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana es arrojada al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?" (Mt 6, 26-30; cf. Lc 12, 24-28).

8. Con estas palabras el Señor Jesús no sólo confirma la enseñanza sobre la Providencia Divina contenida en el Antiguo Testamento, sino que lleva más a fondo el tema por lo que se refiere al hombre, a cada uno de los hombres, tratado por Dios con la delicadeza exquisita de un padre.

Sin duda eran magníficas las estrofas de los Salmos que exaltaban al Altísimo como refugio, baluarte y consuelo del hombre: así por ejemplo, en el Salmo 90/91: "Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente, di al Señor: Refugio mío, alcázar mío, Dios mío, confío en tí... Porque hiciste del Señor tu refugio, tomaste al Altísimo por defensa... Se puso junto a mí: lo libraré; lo protegeré porque conoce mi nombre, me invocará y lo escucharé. Con él estaré en la tribulación" (Sai 90/91, 1-2. 9. 14-15).

9. Son expresiones bellísimas; pero las palabras de Cristo alcanzan una plenitud de significado todavía mayor. Efectivamente, las pronuncia el Hijo que "escrutando" todo lo que se ha dicho sobre el tema de la Providencia, da testimonio perfecto del misterio de su Padre: *misterio de Providencia y solicitud paterna*, que abraza a cada una de las criaturas, incluso la más insignificante, como la hierba del campo o los pájaros. Por lo tanto, ¡cuanto más el hombre! Esto es lo que Cristo quiere poner de relieve sobre todo. Si la Providencia Divina se muestra tan generosa con relación a las criaturas tan inferiores al hombre, cuánto más tendrá cuidado de él. En esta página evangélica sobre la Providencia se encuentra la verdad sobre la jerarquía de los valores que está presente desde el principio en el libro del Génesis, en la descripción de la creación: el hombre tiene el primado sobre las cosas. Lo tiene en su naturaleza y en su espíritu, lo tiene en las atenciones y cuidados de la Providencia, lo tiene en el corazón de Dios.

10. Además, Jesús proclama con insistencia que el hombre, tan privilegiado por su Creador, tiene el deber de cooperar con el don recibido de la Providencia. No puede, pues, contentarse sólo con los valores del sentido, de la materia

y de la utilidad. Debe buscarse sobre todo "el reino de Dios y su justicia", por que "todo lo demás (es decir, los bienes terrenos) se le dará por añadidura" (cf. Mt 6, 33).

Las palabras de Cristo llaman nuestra atención hacia *esta particular dimensión de la Providencia*, en el centro de la cual se halla el hombre, ser racional y libre. Sobre este tema volveremos en las próximas reflexiones.

LA DIVINA PROVIDENCIA Y LA LIBERTAD DEL HOMBRE

AUDIENCIA GENERAL

1. En nuestro camino de profundización en el misterio de Dios como Providencia, con frecuencia tenemos que afrontar esta pregunta: si Dios está presente y operante en todo, ¿cómo puede estar libre el hombre? Y sobre todo: ¿qué significa y qué misión tiene su libertad? Y el amargo fruto del pecado, que procede de una libertad equivocada, ¿cómo ha de comprenderse a la luz de la Divina Providencia?

Volvamos una vez más a la afirmación solemne del Vaticano I: "Todo lo que ha creado, Dios lo conserva y dirige con su Providencia, 'extendiéndose de uno a otro confín, con fuerza y gobernando todo con bondad' (cf. Sab 8, 1), 'las cosas todas son desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta' (cf. Heb 4, 13), hasta aquello que tendrá lugar por libre iniciativa de las criaturas" (DB 3003).

El misterio de la Providencia Divina está profundamente inscrito en toda la obra de la creación. Como expresión de la sabiduría eterna de Dios, el plan de la Providencia precede a la obra de la creación: como expresión de su eterno poder, la preside, la realiza y, en cierto sentido, puede decirse

que ella misma *se realiza* en sí. Es una Providencia trascendente, pero al propio tiempo, inmanente a las cosas, a toda la realidad. Esto vale, según el texto del Concilio que hemos leído, sobre todo, en orden a *las criaturas dotadas de inteligencia y libre voluntad*.

2. Pese a abarcar "fortiter et suaviter" todo lo creado, la Providencia abraza de modo especial a las criaturas hechas a imagen y semejanza de Dios, las cuales gozan, por la libertad que el Creador les ha concedido, "de la autonomía de los seres creados", en el sentido en que lo entiende el Concilio Vaticano II (cf. *Gaudium et spes*, 36). En el ámbito de estas criaturas deben contarse los seres creados de naturaleza puramente espiritual, de los que hablaremos más adelante. Ellos constituyen el mundo de lo invisible. En el mundo visible, objeto de las especiales atenciones de la Divina Providencia, está el hombre, "el cual —como enseña el Concilio Vaticano II— es la única criatura terrestre a la que Dios ha amado por *sí mismo*" (*Gaudium et spes* 24) y precisamente por esto "no puede encontrar su propia plenitud, si no es en la entrega sincera

de sí mismo a los demás" (cf. *Gaudium et spes* 24).

3. El hecho de que el mundo visible se corone con la creación del hombre, nos abre *prospectivas completamente nuevas* sobre el misterio de la Providencia Divina. Lo destaca la afirmación dogmática del Concilio Vaticano I cuando subraya que, a los ojos de la sabiduría y de la ciencia de Dios, todo permanece "abierto" ("aperta"), en cierto modo "desnudo" ("nuda"), incluso aquello que *realiza por obra de su libertad* la criatura racional: lo que será resultado de una elección razonable y de una libre decisión *del hombre*. También en relación a esta esfera, la Providencia Divina conserva su superior causalidad creadora y ordenadora. Es la trascendente *superioridad de la Sabiduría que ama*, y, por amor, actúa con poder y suavidad y, por tanto, es Providencia que con solicitud y paternalmente guía, sostiene, conduce a su fin a la propia criatura, tan ricamente dotada, respetando su libertad.

4. En este punto de encuentro del plan eterno de la creación de Dios con la libertad del hombre se perfila, sin duda, un misterio tan inescrutable como digno de adoración. El misterio consiste en la íntima relación, más ontológica que psicológica entre la acción divina y la autodecisión humana. Sabemos que esta libertad de decisión pertenece al dinamismo natural de la criatura racional. Conocemos también por experiencia el hecho de la libertad humana, auténtica, aunque herida y débil. En cuanto a su relación con la causalidad divina, es oportuno recordar el acento puesto por Santo Tomás de Aquino en la concepción de la Providencia como expresión de la Sabiduría divina que todo lo ordena al propio fin: "ratio ordinis rerum in finem", "la ordenación

racional de las cosas hacia su fin" (cf. *Summa Th.*, I, 22, 1). Todo lo que Dios crea recibe esta finalidad —y se convierte, por tanto, en objeto de la Providencia Divina (cf. *ib.*, I, 22, 2). En el hombre —creado a imagen de Dios— *toda la creación visible debe acercarse a Dios*, encontrando el camino de su plenitud definitiva. De este pensamiento, ya expresado, entre otros, por S. Ireneo (*Adv. Haereses* 4, 38; 1105-1109), se hace eco la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el desarrollo del mundo por la acción del hombre (cf. *Gaudium et spes* 7). El verdadero desarrollo —esto es, el progreso— que el hombre está llamado a realizar en el mundo, no debe tener sólo un carácter "técnico", sino, sobre todo, "ético", para llevar a plenitud en el mundo creado el reino de Dios (cf. *Gaudium et spes* 35, 43, 57, 62).

5. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, es la única criatura visible que el Creador ha querido "por sí misma" (*Gaudium et spes*, 24). En el mundo, sometido a la trascendente sabiduría y poder de Dios, *el hombre*, aunque tiene como fin a Dios, es, sin embargo, *un ser que es fin en sí mismo*: posee como persona una finalidad propia (auto-teleología), por la cual tiende a auto-realizarse. Enriquecido con un *don*, que es también una *misión*, el hombre está sumido en el misterio de la Providencia Divina. Leamos en el libro del Sirácida:

"El Señor formó al hombre de la tierra... / y le dio el dominio sobre ella... / Le dio capacidad de elección, lengua, ojos, oídos / y corazón para entender. / Llenóle de ciencia e inteligencia y le dio / a conocer el bien y el mal. / Iluminó sus corazones para mostrarles / la grandeza de sus obras... / Y añadióle ciencia, dándole en posesión / una ley de

vida. . . (Ecló 17, 1-2. 5-7. 9).

6. Dotado de tal, podríamos decir, equipamiento "existencial", el hombre parte para su viaje por el mundo. Comienza a escribir la propia historia. *La Providencia Divina lo acompaña todo el camino*. Leemos también en el libro del Sirácida:

"El mira siempre sus caminos y / nada se esconde a sus ojos. . . / Todas sus obras están ante El / como está el sol y sus ojos observan / siempre su conducta" (Ecló 17, 13. 16).

El Salmista da a esta misma verdad una expresión conmovedora:

"Si tomara las alas de la aurora / y quisiera habitar al extremo del mar, / también allí me tomaría tu mano y / me tendrías tu diestra" (Sal 138/139, 9-10). "... Del todo conoces mi alma. / Mis huesos no te eran ocultos. . ." (Sal 138/139, 14-15).

7. La Providencia Divina se hace, por tanto, presente en la historia del hombre, en la historia de su pensamiento y de su libertad, en la historia de los corazones y de las conciencias. En el hombre y con el hombre, la acción de la Providencia alcanza una dimensión "histórica", en el sentido de que sigue el ritmo y se adapta a las leyes del desarrollo de la naturaleza humana, permaneciendo inmutada e inmutable en la soberana trascendencia de su ser que no experimenta mutaciones. La Providencia es una presencia eterna en la historia del hombre: de cada uno y de las comunidades. La historia de las naciones y de todo el género humano se desarrolla bajo el "ojo" de Dios y bajo su omnipotente acción. Si todo lo creado es "custodiado" y gobernado por la Providencia, la autoridad de Dios, llena de paternal solicitud, comporta, en relación a los seres racionales y libres, el pleno respeto a la libertad, que es expresión en el mundo creado de la imagen y semejanza con el mismo Ser divino,

con la misma Libertad divina.

8. El respeto de la libertad creada es tan esencial que Dios permite en su Providencia incluso el pecado del hombre (y del ángel). La criatura racional, excelsa entre todas, pero siempre limitada e imperfecta, puede hacer mal uso de la libertad, la puede emplear contra Dios, su Creador. Es un tema que turba la mente humana, sobre el cual el libro del Sirácida reflexionó ya con palabras muy profundas:

"Dios hizo al hombre desde el principio / y lo dejó en manos de su albedrío. / Si tú quieres puedes guardar sus mandamientos / y es de sabios hacer su voluntad. / Ante ti puso el fuego y el agua: / a lo que tú quieras tenderás la mano. / Ante el hombre están la vida y la muerte; / lo que cada uno quiere le será dado. / Porque grande es la sabiduría del Señor; / es fuerte, poderosos y todo lo ve. / Sus ojos se posan sobre los que le temen / y conoce todas las obras del hombre. Pues a nadie ha mandado ser impío ni le ha dado permiso para pecar" (Ecló 15, 14-20).

9. Se pregunta el Salmista: "¿Quién será capaz de conocer el pecado?" (Sal 18/19, 13). Y sin embargo, también sobre este inaudito rechazo del hombre, da luz la Providencia de Dios para que aprendamos a no cometerlo.

En el mundo, en el cual el hombre ha sido creado como ser racional y libre, el pecado no sólo era una posibilidad, se ha confirmado también un hecho real "desde el comienzo". El pecado es oposición radical a Dios, es aquello que Dios de modo decidido, y absoluto no quiere. No obstante, lo ha permitido creando los seres libres, creando al hombre. Ha permitido el pecado que es consecuencia del mal uso de la libertad creada. De este hecho, conocido en la Revela-

ción y experimentado en sus consecuencias, podemos deducir que, a los ojos de la sabiduría transcendente de Dios, en la perspectiva de la finalidad de toda la creación, era más importante que en el mundo creado hubiera libertad, aun con el riesgo de su mal empleo, que privar de ella al mundo para excluir de raíz la posibilidad del pecado.

Dios providente, si, por una parte,

ha permitido el pecado, por otra, en cambio, con amorosa solicitud de Padre ha previsto desde siempre el camino de la reparación, de la redención, de la justificación y de la salvación mediante el Amor. Realmente, la libertad se ordena al amor: sin libertad no puede haber amor. Y en la lucha entre el bien y el mal, entre el pecado y la redención, la última palabra la tendrá el amor.

LA PROVIDENCIA DIVINA Y EL DESTINO DEL HOMBRE: EL MISTERIO DE LA PREDESTINACIÓN EN CRISTO AUDIENCIA GENERAL

1. La pregunta sobre el propio destino está muy viva en el corazón del hombre. Es una pregunta grande, difícil, y sin embargo, decisiva: "¿Qué será de mi mañana?". Existe el riesgo de que respuestas equivocadas conduzcan a formas de fatalismo, de desesperación, o también de orgullosa y ciega seguridad: "Insensato, esta misma noche te pedirán el alma", amonesta Dios (cf. Lc 12, 20). Pero precisamente aquí se manifiesta la inagotable gracia de la Providencia Divina. Es Jesús quien aporta una luz esencial. El, realmente, hablando de la Providencia Divina, en el Sermón de la Montaña, termina con la siguiente exhortación: "Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura" (Mt 6, 33; cf. también Lc 12, 31). En la última catequesis hemos reflexionado sobre la relación profunda que existe entre la Providencia de Dios y la libertad del hombre. Es justamente al hombre, ante todo al hombre, creado a imagen de Dios, a quien se dirigen las palabras sobre el reino de Dios y sobre la necesidad de buscarlo por encima de todo lo demás.

Este vínculo entre la Providencia y el misterio del reino de Dios, que debe realizarse en el mundo creado, orienta nuestro pensamiento acerca de la verdad del destino del hombre: su predestinación en Cristo. La predestinación del hombre y del mundo en Cristo, Hijo eterno del Padre, confiere a toda la doctrina sobre la Providencia Divina, una decisiva característica soteriológica y escatológica. El mismo Divino Maestro lo indica en su coloquio con Nicodemo: "Porque tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3, 16).

2. Estas palabras de Jesús son el núcleo de la doctrina sobre la predestinación, que encontramos en la enseñanza de los Apóstoles, especialmente en las cartas de San Pablo.

Leemos en la Carta a los Efesios: "Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. . . en él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e in-

maculados ante El en caridad y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad, para la alabanza del esplendor de su gloria que nos otorgó gratuitamente en su amado" (Ef 1, 3-6).

Estas luminosas afirmaciones explican de modo auténtico y autorizado en qué consiste lo que en el lenguaje cristiano llamamos "predestinación" (latín: *praedestinatio*). Es justamente importante liberar este término de los significados erróneos y hasta impropios y no esenciales, que se han introducido en su empleo común: predestinación como sinónimo de "ciego destino" ("fatum") o de la "ira" caprichosa de cualquier divinidad envidiosa. En la revelación divina la palabra "predestinación" significa la elección eterna de Dios, una elección paternal, inteligente y positiva, una elección de amor.

3. Esta elección, con la *decisión* en que se traduce, esto es, el plan de la creación y de la redención, pertenece a la vida íntima de la Santísima Trinidad: se realiza eternamente por el Padre junto con el Hijo y en el Espíritu Santo. Es una elección que, según San Pablo, precede a la creación del mundo ("antes de la constitución del mundo": Ef 1, 4); y del hombre en el mundo. El hombre, aun antes de ser creado, está "elegido" por Dios. Esta elección se cumplirá en el Hijo eterno ("en él": Ef 1, 4), esto es, en el Verbo de la Mente eterna. El hombre es, por consiguiente, elegido en el Hijo para la participación en la misma filiación por adopción divina. En esto consiste la esencia misma del misterio de la predestinación, que manifiesta el eterno amor del Padre ("ante El en caridad y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo": Ef 1, 4-5). En la predestinación se halla contenida, por tanto, la eterna vocación del hombre a participar en la misma naturaleza de Dios. Es vocación a la santidad, mediante la gracia de la adopción para ser hijos ("para que fuésemos santos e inmaculados ante El": Ef 1, 4).

4. En este sentido, la predestinación precede a "la constitución del mundo", esto es, a la creación, ya que ésta se realiza en la perspectiva de la predestinación del hombre. Aplicando a la vida divina las analogías temporales del lenguaje humano, podemos decir que Dios quiere "antes" comunicarse en su divinidad al hombre, llamado a ser en el mundo creado su imagen y semejanza; lo elige "antes", en su Hijo eterno y de su misma naturaleza, a participar en su filiación (mediante la gracia) y sólo "después" ("a su vez") quiere la creación, quiere el mundo, al cual pertenece el hombre. De este modo el misterio de la predestinación entra en cierto sentido "orgánicamente" en todo el plan de la Divina Providencia. La revelación de este designio descubre ante nosotros la perspectiva del reino de Dios y nos conduce hasta el corazón mismo de este reino, donde descubrimos el fin último de la creación.

5. Leemos justamente en la Carta a los Colosenses: "Dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en la luz. El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados" (Col 1, 12-14). El reino de Dios, en el plan eterno de Dios Uno y Trino, es el reino del "Hijo de su amor", precisamente, porque por obra suya se ha cumplido la "redención" y "la remisión de los pecados". Las palabras del Apóstol aluden también al "pecado" del hombre. La predestinación, es decir, la adopción de ser hijos en el Hijo eterno, se opera, por tanto, no sólo en relación con la Creación del mundo y del hombre en el mundo, sino en relación a la Redención realizada por el Hijo, Jesucristo. La Redención se convierte en expresión de la Providencia, esto es, del gobierno solícito que Dios ejerce especialmente en relación con las criaturas dotadas de libertad.

6. En la Carta a los Colosenses encontramos que la verdad de la "predestinación" en Cristo está estrechamente ligada con la verdad de la "creación en Cristo": "El —escribe el Apóstol— es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda creatura; porque en él fueron creadas todas las cosas..." (Col 1, 15-16). Así pues, el mundo creado en Cristo, Hijo eterno, desde el principio lleva en sí, como primer don de la Providencia, la llamada, más aún, la prenda de la predestinación en Cristo, al que se une, como cumplimiento de la salvación escatológica definitiva, y antes que nada del hombre, fin del mundo. "Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud" (Col 1, 19). El cumplimiento de la finalidad del mundo y concretamente del hombre, acontece precisamente por obra de esta plenitud que hay en Cristo. Cristo es la plenitud. En El se cumple en cierto sentido aquella finalidad del mundo, según la cual la Providencia Divina custodia y gobierna las cosas del mundo y, especialmente, al hombre en el mundo, su vida, su historia.

7. Comprendemos así otro aspecto fundamental de la Divina Providencia: su finalidad salvífica. Dios de hecho "quiere que todos los hombres sean salvos y vengán al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2, 4). En esta perspectiva, es preciso ensanchar cierta concepción naturalística de la Providencia, limitada al buen gobierno de la naturaleza física o incluso del comportamiento moral natural. En realidad, la Providencia Divina se manifiesta en la consecución de las finalidades que corresponden al plan eterno de la salvación. En este proceso, gracias a la plenitud de Cristo, en El y por medio de El, ha sido vencido también el pecado, que se opone esencialmente a la finalidad salvífica del mundo, al definitivo cumplimiento que el mundo y el hombre encuentran en Dios. Hablando de la plenitud que se ha asentado en Cristo, el Apóstol proclama: "Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud y por El reconciliar consigo todas las cosas, pacificando con la sangre de su cruz así las de la tierra como las del cielo" (Col 1, 19-20).

8. Sobre el fondo de estas reflexiones, tomadas de las Cartas de San Pablo, resulta más comprensible la exhortación de Cristo a propósito de la Providencia del Padre celestial que todo lo abarca (cf. Mt 6, 23-34 y también Lc 12, 22-31), cuando dice: "Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura" (Mt 6, 33; cf. también Lc 12, 31). Con este "primero" Jesús trata de indicar lo que Dios mismo quiere "primero": lo que es su intención primera en la creación del mundo, y también el fin último del propio mundo: "el reino de Dios y su justicia" (la justicia de Dios). El mundo entero ha sido creado con miras a este reino, a fin de que se realice en el hombre y en su historia. Para que por medio de este "reino" y de esta "justicia" se cumpla aquella eterna predestinación que el mundo y el hombre tienen en Cristo.

9. A esta visión paulina de la predestinación corresponde lo que escribe San Pedro.

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos reengendró a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcescible, que os está reservada en los cielos, a los que por el poder de Dios habéis sido guardados, mediante la fe, para la salvación que está dispuesta a manifestarse en el tiempo oportuno" (1 Pe 1, 3-5).

Verdaderamente "sea alabado Dios" que nos revela cómo su Providencia es su incansable, su solícita intervención para nuestra salvación. Ella es infatigable en su acción hasta que alcancemos "el tiempo oportuno", cuando "la predestinación en Cristo" de los inicios se realice definitivamente "por la resurrección de Jesucristo", que es "el Alfa y la Omega" de nuestro destino humano (Ap 1, 8).

LA DIVINA PROVIDENCIA Y LA PRESENCIA DEL MAL Y DEL SUFRIMIENTO EN EL MUNDO

AUDIENCIA GENERAL

1. Tomamos el texto de la Primera Carta de San Pedro, al que nos hemos referido al terminar la catequesis anterior:

"Bendito sea Dios / y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia / nos reengendrará a una viva esperanza / por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos / para una herencia incorruptible, / incontaminada e inmarcesible, / que os está reservada en los cielos" (1 Pe 1, 3-4).

Poco más adelante el mismo Apóstol tiene una afirmación iluminadora y consoladora a la vez:

"Por lo cual exultáis, / aunque ahora tengáis que entristeceros un poco / en las diversas tentaciones, para que vuestra fe probada, / más preciosa que el oro / que se corrompe, / aunque acrisolado por el fuego..." (1 Pe 1, 6-7).

De la lectura de este texto se concluye ya que la verdad revelada sobre la "predestinación" del mundo creado y sobre todo del hombre en Cristo (*praedestinatio in Christo*) constituye el fundamento principal e indispensable de las reflexiones que tratamos de proponer sobre el tema de la relación entre la Providencia Divina y la realidad del mal y del sufrimiento presentes bajo tantas formas en la vida humana.

2. Constituye esto para muchos la dificultad principal para aceptar la verdad de la Providencia Divina. En algunos casos, esta dificultad asume una forma radical, cuando incluso se acusa a Dios del mal y del sufrimiento presentes en el mundo llegando hasta rechazar la verdad misma de Dios y de su existencia (esto es, hasta el ateísmo).

De un modo menos radical y sin embargo inquietante, esta dificultad se expresa en tantos interrogantes críticos que el hombre plantea a Dios. La duda, la pregunta e incluso la protesta nacen de la dificultad de conciliar entre sí la verdad de la Providencia Divina, de la paterna solicitud de Dios hacia el mundo creado, y la realidad del mal y del sufrimiento experimentada en formas diversas por los hombres.

Podemos decir que la visión de la realidad del mal y del sufrimiento está presente con toda su plenitud en las páginas de la Sagrada Escritura. Podemos afirmar que la Biblia es, ante todo, un gran libro sobre el sufrimiento: este entra de lleno en el ámbito de las cosas que Dios quiere decir a la humanidad "muchas veces... por ministerio de los profetas... últimamente... nos habló por su Hijo" (Heb 1, 1): entra en el contexto de la autorrevelación de Dios y en el contexto del Evangelio; o sea, de la Buena Nueva de la salvación. Por esto el único método adecuado para encontrar una respuesta al interrogante sobre el mal y el sufrimiento en el mundo es buscar en el contexto de la revelación que nos ofrece la Palabra de Dios.

3. Debemos antes que nada llegar a un acuerdo sobre el mal y el sufrimiento. Este es en sí mismo multiforme. Generalmente se distinguen el mal en sentido físico del mal en sentido moral. El mal moral se distingue del físico sobre todo por comportar culpabilidad, por depender de la libre voluntad del hombre y es siempre un mal de naturaleza espiritual. Se distingue del mal físico,

porque este último no incluye necesariamente y de modo directo la voluntad del hombre, si bien esto no significa que no pueda estar causado por el hombre y ser efecto de su culpa. El mal físico causado por el hombre, a veces sólo por ignorancia o falta de cautela, a veces por descuido de las precauciones oportunas o incluso por acciones inoportunas y dañosas, presenta muchas formas. Pero hay que añadir que existen en el mundo muchos casos de mal físico que suceden independientemente del hombre. Baste recordar, por ejemplo, los desastres o calamidades naturales, al igual que todas las formas de disminución física o de enfermedades somáticas o psíquicas, de las que el hombre no es culpable.

4. El sufrimiento nace en el hombre de la experiencia de estas múltiples formas del mal. En cierto modo, el sufrimiento puede darse también en los animales, en cuanto que son seres dotados de sentidos y de relativa sensibilidad, pero en el hombre el sufrimiento alcanza la dimensión propia de las facultades espirituales que posee. Puede decirse que en el hombre se interioriza el sufrimiento, se hace consciente y se experimenta en toda la dimensión de su ser y de sus capacidades de acción y reacción, de receptividad y rechazo; es una experiencia terrible, ante la cual, especialmente cuando es sin culpa, el hombre plantea aquellos difíciles, atormentados y dramáticos interrogantes, que constituyen a veces una denuncia, otras un desafío, o un grito de rechazo de Dios y de su Providencia. Son preguntas y problemas que se pueden resumir así: ¿cómo conciliar el mal y el sufrimiento con la solicitud paterna, llena de amor, que Jesucristo atribuye a Dios en el Evangelio? ¿Cómo conciliarlas con la tras-

cedente sabiduría del Creador? Y de una manera aún más dialéctica: ¿podemos de cara a toda la experiencia del mal que hay en el mundo, especialmente de cara al sufrimiento de los inocentes, decir que Dios no quiere el mal? Y si lo quiere, ¿cómo podemos creer que "Dios es amor", y tanto más que este amor no puede no ser omnipotente?

5. Ante estas preguntas, nosotros también como Job, sentimos qué difícil es dar una respuesta. La buscamos no en nosotros, sino, con humildad y confianza en la Palabra de Dios. En el Antiguo Testamento encontramos ya la afirmación vibrante y significativa: "... pero la maldad no triunfa de la sabiduría. Esta se extiende poderosa del uno al otro extremo y lo gobierna todo con suavidad" (Sab 7, 30-8, 1). Frente a las multiformes experiencias del mal y del sufrimiento en el mundo, ya el Antiguo Testamento testimoniaba el primado de la Sabiduría y de la bondad de Dios, de su Providencia Divina. Esta actitud se perfila y desarrolla en el Libro de Job, que se dedica enteramente al tema del mal y del dolor vistos como una prueba a veces tremenda para el justo, pero superada con la certeza, laboriosamente alcanzada, de que Dios es bueno. En este texto captamos la conciencia del límite y de la caducidad de las cosas creadas, por la cual algunas formas de "mal" físico (debidas a falta o limitación del bien) pertenecen a la propia estructura de los seres creados, que, por su misma naturaleza, son contingentes y pasajeros, y por tanto corruptibles. Sabemos además que los seres materiales están en estrecha relación de interdependencia, según lo expresa el antiguo axioma: "La muerte de uno es la vida del otro" (*corruptio unius est generatio alterius*). Así pues, en cierta medida, también la muerte sir-

ve a la vida. Esta ley concierne también al hombre como ser animal al mismo tiempo que espiritual, mortal e inmortal. A este propósito, las palabras de San Pablo descubren, sin embargo, horizontes muy amplios: "...mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día" (2 Cor 4, 16). Y también: "Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable" (2 Cor 4, 17).

6. La afirmación de la Sagrada Escritura: "la maldad no triunfa de la Sabiduría" (Sab 7, 30) refuerza nuestra convicción de que, en el plano providencial del Creador respecto al mundo, el mal en definitiva está ordenado al bien. Además, en el texto de la verdad integral sobre la providencia Divina, nos ayuda a aprender mejor las dos afirmaciones: "Dios no quiere el mal como tal"

"Dios permite el mal". A propósito de la primera es oportuno recordar las palabras del Libro de la Sabiduría: "... Dios no hizo la muerte ni se goza en la pérdida de los vivientes. Pues El creó todas las cosas para la existencia" (Sab 1, 13-14). En cuanto a la permisión del mal en el orden físico, por ejemplo, de cara al hecho de que los seres materiales (entre ellos también el cuerpo humano) sean corruptibles y sufran la muerte, es necesario decir que ello pertenece a la estructura misma de estas criaturas. Por otra parte, sería difícilmente pensable, en el estado actual del mundo material, el ilimitado subsistir de todo ser corporal individual. Podemos, pues, comprender que, si "Dios no ha creado la muerte", según afirma el Libro de la

Sabiduría, sin embargo la permite con miras al bien global del cosmos material.

7. Pero si se trata del mal moral, esto es, del pecado y de la culpa, en sus diversas formas y consecuencias, incluso en el orden físico, este mal decide y absolutamente Dios no lo quiere. El mal moral es radicalmente contrario a la voluntad de Dios. Si este mal está presente en la historia del hombre y del mundo, y a veces de forma totalmente opresiva, si en cierto sentido tiene su propia historia, esto sólo está permitido por la Divina Providencia, porque Dios quiere que en el mundo creado haya libertad. La existencia de la libertad creada (y por consiguiente del hombre, e incluso la existencia de los espíritus puros como los ángeles, de los que hablaremos en otra ocasión) es indispensable para aquella plenitud de la creación, que responde al plan eterno de Dios (como hemos dicho ya en una de las anteriores catequesis). A causa de aquella plenitud del bien que Dios quiere realizar en la creación, la existencia de los seres libres es para él un valor más importante y fundamental que el hecho de que aquellos seres abusen de la propia libertad contra el Creador y que, por eso, la libertad pueda llevar al mal moral.

Indudablemente es grande la luz que recibimos de la razón y de la revelación en relación con el misterio de la Divina Providencia que, aun no queriendo el mal, lo tolera en vista de un bien mayor. La luz definitiva, sin embargo, sólo nos puede venir de la cruz victoriosa de Cristo. A ella dedicaremos nuestra atención en la siguiente catequesis.

LA DIVINA PROVIDENCIA SUPERA EL MAL EN JESUS REDENTOR

AUDIENCIA GENERAL

1. En la catequesis anterior afrontamos el interrogante del hombre de todas las épocas sobre la Providencia Divina, ante la realidad del mal y del sufrimiento. La Palabra de Dios afirma de forma clara y perentoria que "la maldad no triunfa contra la sabiduría (de Dios)" (Sab 7, 30) y que Dios permite el mal en el mundo por fines más elevados, pero que no quiere ese mal. Hoy deseamos ponernos en actitud de escuchar a Jesucristo, quien en el contexto del misterio pascual, ofrece la respuesta plena y completa a ese atormentador interrogante.

Reflexionamos antes de nada sobre el hecho que San Pablo anuncia: Cristo crucificado como "poder de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24), en quien se ofrece la salvación a los creyentes. Ciertamente el suyo es un poder admirable, pues se manifiesta en la debilidad y el anonadamiento de la pasión y de la muerte en cruz. Y es además una sabiduría excelsa, desconocida fuera de la Revelación divina. En el plano eterno de Dios y en su acción providencial en la historia del hombre, todo mal, y de forma especial el mal moral—el pecado—es sometido al bien de la redención y de la salvación precisamente mediante la cruz y la resurrección de Cristo. Se puede afirmar que, en El, Dios saca bien del mal. Lo saca, en cierto sentido, del mismo mal que supone el pecado, que fue la causa del sufrimiento del Cordero inmaculado y de su terrible muerte en la cruz como víctima inocente por los pecados del mundo. La liturgia de la Iglesia no duda siquiera en hablar, en este sentido, de la "felix culpa" (cf. *Exsultet* de la Liturgia de la Vigilia Pascual).

2. Así, pues, a la pregunta sobre cómo conciliar el mal y sufrimiento en el mundo con la verdad de la Providencia Divina, no se puede ofrecer una respuesta definitiva sin hacer referencia a Cristo. Efectivamente, por una parte, Cristo—el Verbo encarnado—confirma con su propia vida—en la pobreza, la humillación y la fatiga—y especialmente con su pasión y muerte, que Dios está al lado del hombre en su sufrimiento; más aún, que El mismo toma sobre Sí el sufrimiento multiforme de la existencia terrena del hombre. Jesús revela al mismo tiempo que este sufrimiento posee un valor y un poder redentor y salvífico, que en él se prepara esa "herencia que no se corrompe", de la que habla San Pedro en su primera Carta: "la herencia que está reservada para nosotros en los cielos" (cf. 1 Pe 1, 4). La verdad de la Providencia adquiere así mediante "el poder y la sabiduría" de la cruz de Cristo su sentido escatológico definitivo. La respuesta definitiva a la pregunta sobre la presencia del mal y del sufrimiento en la existencia terrena del hombre la ofrece la Revelación divina en la perspectiva de la "predestinación en Cristo", es decir, en la perspectiva de la vocación del hombre a la vida eterna, a la participación en la vida del mismo Dios. Esta es precisamente la respuesta que ha ofrecido Cristo, confirmándola con su cruz y con su resurrección.

3. De este modo, todo, incluso el mal y el sufrimiento presentes en el mundo creado, y especialmente en la historia del hombre, se someten a esa sabiduría inescrutable, sobre la cual exclama San Pablo, como transfigurado: "¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios e insondables sus caminos...!" (Rom 11, 33). En todo el contexto salvífico, ella es de hecho la "sabiduría contra la cual no puede triunfar la maldad" (cf. Sab 7, 30). Es una sabiduría llena de amor, pues "tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo..." (Jn 3, 16).

4. Precisamente de esta sabiduría, rica en amor compasivo hacia el hombre que sufre, tratan los escritos apostólicos para ayudar a los fieles atribulados a reconocer el paso de la gracia de Dios. Así, San Pedro escribe a los cristianos de la primera generación: "Exultad por ello, aunque ahora tengáis que enristeceros un poco, en las diversas tentaciones" (1 Pe 1, 6). Y añade: "para que vuestra fe, probada, más preciosa que el oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de alabanza, gloria y honor en la revelación de Jesucristo" (1 Pe 1, 7). Estas últimas palabras se refieren al Antiguo Testamento, y en especial al libro del Eclesiástico, en el que leemos: "Pues el oro se prueba en el fuego, y los hombres gratos a Dios, en el crisol de la humillación" (Eclo 2, 5). Pedro, tomando el mismo tema de la prueba, continúa en su Carta: "Antes habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo" (1 Pe 4, 13).

5. De forma análoga se expresa el Apóstol Santiago cuando exhorta a los cristianos a afrontar las pruebas con alegría y paciencia: "Tened, hermanos míos, por sueno gozo, veros rodeados de diversas tentaciones, considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. Mas tenga obra perfecta la paciencia, para que seáis perfectos y cumplidos" (Sant 1, 2-4). Por último, San Pablo en la Carta a los Romanos compara los sufrimientos humanos y cósmicos con una especie de "dolores de parto" de toda la creación, subrayando los "gemidos" de quienes poseen las "primicias" del Espíritu y esperan la plenitud de la adopción, es decir, "la redención de nuestro cuerpo" (cf. Rom 8, 22-23). Pero añade: "Ahora bien, sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman..." (Rom 8, 28) y más adelante: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?" (Rom 8, 35), concluyendo al fin: "Porque estoy persuadido que ni muerte ni vida... ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios (manifestado) en Cristo Jesús, nuestro Señor" (Rom 8, 38-39).

Junto a la paternidad de Dios, que se manifiesta mediante la Providencia Divina, aparece también la pedagogía de Dios: "Sufrís en orden a vuestra corrección (*paideia*, es decir, educación). Como con hijos se porta Dios con vosotros: Pues, ¿qué hijo hay a quien su padre no corrija (eduque)...? Dios, mirando a nuestro provecho, nos corrige para hacernos participantes de su santidad" (Heb 12, 7. 10).

6. Así, pues, visto con los ojos de la fe, el sufrimiento, si bien puede presentarse como el aspecto más oscuro del destino del hombre en la tierra, permite transparentar el misterio de la Divina Providencia, contenido en la revelación de Cristo, y de un modo especial en su cruz y en su resurrección. Indudablemente, puede seguir ocurriendo que, planteándose los antiguos interrogantes sobre el mal y sobre el sufrimiento en un mundo creado por Dios, el hombre no encuentre una respuesta inmediata, sobre todo si no posee una fe viva en el misterio pascual de Jesucristo. Pero gradualmente y con la ayuda de la fe alimentada por la oración se descubre el verdadero sentido del sufrimiento que cada cual experimenta en su propia vida. Se trata de un descubrimiento que depende de la palabra de la divina revelación y de la "palabra de la cruz" (cf. 1 Cor 1, 18) de Cristo, que es "poder de Dios y sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24). Como dice el Concilio Vaticano II: "Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad" (*Gaudium et spes*, 22). Si descubrimos mediante la fe este poder y esta "sabiduría", nos encontramos en las sendas salvadoras de la Divina Providencia. Se confirma entonces el sentido de las palabras del Salmo:

"El Señor es mi Pastor... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo" (Sal 22/23, 1.4). La Providencia Divina se revela así como el caminar de Dios junto al hombre.

7. Concluyendo: la verdad sobre la Providencia, que está íntimamente unida al misterio de la creación, debe comprenderse en el contexto de toda la revelación, de todo el "Credo". Se ve así que, de una forma orgánica, en la verdad de la Providencia entran la revelación de la "Predestinación" (*praedestinatio*) del hombre y del mundo en Cristo, la revelación de la entera economía de la salvación y su realización en la historia. La verdad de la Providencia Divina se halla también estrechamente unida a la verdad del reino de Dios, y por esta razón tienen una importancia fundamental las palabras pronunciadas por Cristo en su enseñanza sobre la Providencia: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia... y todo eso se os dará por añadidura" (Mt 6, 33; cf. Lc 12, 13). La verdad referente a la Divina Providencia, es decir al gobierno trascendente de Dios sobre el mundo creado se hace comprensible a la luz de la verdad sobre el reino de Dios, sobre ese reino que Dios proyectó desde siempre realizar en el mundo creado gracias a la "predestinación en Cristo", que fue "engendrado antes de toda criatura" (Col 1, 15).

LA DIVINA PROVIDENCIA Y LA CONDICIÓN HISTÓRICA DEL HOMBRE DE HOY A LA LUZ DEL CONCILIO VATICANO II

AUDIENCIA GENERAL

1. La verdad sobre la Divina Providencia aparece como el punto de convergencia de tantas verdades contenidas en la afirmación: "Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra". Por su riqueza y continua actualidad había de ocuparse de esta verdad todo el magisterio del Concilio Vaticano II, que lo hizo de modo excelente. Efectivamente, en muchos documentos conciliares encontramos una referencia apropiada a esta verdad de fe, que está presente de un modo particular en la Constitución *Gaudium et spes*. Ponerlo de relieve significa hacer una recapitulación actual de las catequesis precedentes sobre la Divina Providencia.

2. Como es bien sabido, la Constitución *Gaudium et spes* afronta el te-

ma: *La Iglesia en el mundo actual*. Sin embargo, desde los primeros párrafos se ve claramente que tratar este tema sobre la base del magisterio de la Iglesia no es posible sin remontarse a la verdad revelada sobre la relación de Dios con el mundo, y en definitiva a la verdad de la Providencia Divina.

Leemos pues: "El mundo... que el Concilio tiene presente es el... de todos los hombres...; el mundo que los cristianos creen fundado y conservado por el amor del Creador, mundo esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, roto el poder del demonio, para que se transforme según el propósito divino y llegue a su consumación"

(*Gaudium et spes*, 2).

Esta "descripción" afecta a toda la doctrina de la Providencia, entendida bien como plan eterno de Dios en la creación, bien como realización de este plan en la historia, bien como sentido salvífico y escatológico del universo, y especialmente del mundo humano según la "predestinación en Cristo", centro y quicio de todas las cosas. En este sentido se toma con otros términos la afirmación dogmática del Concilio Vaticano I: "Todo lo que Dios ha creado lo conserva y lo dirige con su Providencia 'extendiéndose de un confín a otro con poder y gobernando con suavidad todas las cosas' (cf. *Sab* 8, 1). 'Todas las cosas son desnudas y descubiertas ante sus ojos' (cf. *Heb* 4, 13) incluso las que existirán por libre iniciativa de las criaturas" (Const. *De Fide*, DS 3003). Más específicamente, desde el punto de partida, la *Gaudium et spes* enfoca una cuestión relativa a nuestro tema e interesante para el hombre de hoy: cómo se compaginan el "crecimiento" del reino de Dios y el desarrollo (evolución) del mundo. Sigamos ahora las grandes líneas de tal exposición, puntualizando las afirmaciones principales.

3. En el mundo visible el protagonista del desarrollo histórico y cultural es el hombre. Creado a imagen y semejanza de Dios, conservado por El en su ser y guiado con amor paterno en la tarea de "dominar" las demás criaturas, el hombre en cierto sentido es, por sí mismo, "providencia". "La actividad humana individual y colectiva o el conjunto ingente de esfuerzos realizados por el hombre a lo largo de los siglos para lograr mejores condiciones de vida, considerado en sí mismo, responde a la voluntad de Dios: creado el hombre a imagen de Dios, recibió el

mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se contiene y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como Creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo" (*Gaudium et spes*, 34).

Con anterioridad, el mismo documento conciliar había dicho: "No se equivoca el hombre al afirmar su superioridad sobre el universo material y al considerarse no ya como partícula de la naturaleza o como elemento anónimo de la ciudad humana. Por su interioridad es, en efecto, superior al universo entero; a estas profundidades retorna cuando entra dentro de su corazón donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino" (*Gaudium et spes*, 14).

4. El desarrollo del mundo hacia órdenes económicos y culturales que responden cada vez más a las exigencias integrales del hombre es una tarea que entra de lleno en la vocación del mismo hombre a dominar la tierra. Por eso también los éxitos reales de la actual civilización científica y técnica así como los de la cultura humanística y los de la "sabaduría" de todos los siglos, entran en el ámbito de la "providencia" de la que el hombre participa por la actuación del designio de Dios sobre el mundo. Bajo esta luz el Concilio ve y reconoce el valor y la función de la cultura y del trabajo de nuestro tiempo. Efectivamente, en la Constitución *Gaudium et spes* se describe la nueva condición cultural y social de la humanidad con sus notas distintivas y sus posibilidades de avance tan rápido que suscita estupor y esperanza

(cf. *Gaudium et spes*, 53-54). El Concilio no duda en dar testimonio de los admirables éxitos del hombre reconduciéndolos al marco del designio y mandato de Dios y uniéndolos además con el Evangelio de fraternidad predicado por Cristo: "En efecto, el hombre, cuando con sus manos o ayudándose de los recursos técnicos cultiva la tierra para que produzca frutos y llegue a ser una morada digna de toda la familia humana, y cuando conscientemente interviene en la vida de los grupos sociales, sigue el plan mismo de Dios, manifestado a la humanidad al comienzo de los tiempos: somete la tierra y perfecciona la creación, al mismo tiempo que se perfecciona a sí mismo. Más aún obedece al gran mandamiento de Cristo de entregarse al servicio de sus hermanos" (*Gaudium et spes*, 57; cf. también *Gaudium et spes*, 63).

5. El Concilio no cierra tampoco los ojos a los enormes problemas concernientes al desarrollo del hombre de hoy, tanto en su dimensión de persona como de comunidad. Sería una ilusión creer poderlos ignorar, como sería un error plantearlos de forma impropia o insuficiente, pretendiendo absurdamente hacer menospreciar la referencia necesaria a la Providencia y a la voluntad de Dios. Dice el Concilio: "En nuestros días, el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y la misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino último de las cosas y de la humanidad" (*Gaudium et spes*, 3). Y explica: "Como ocurre en casos de crecimiento repentino, esta transformación trae consigo no leves di-

ficultades. Así, mientras el hombre amplía extraordinariamente su poder, no siempre consigue someterlo a su servicio. Quiere conocer con profundidad creciente su intimidad espiritual, y con frecuencia se siente más incierto que nunca de sí mismo. Descubre paulatinamente las leyes de la vida social y duda sobre la orientación que a éste se debe dar" (*Gaudium et spes*, 4). El Concilio habla expresamente de "contradicciones y desequilibrios" generados por una "evolución rápida y realizada desordenadamente" en las condiciones socioeconómicas, en la costumbre, en la cultura, como también en el pensamiento y en la conciencia del hombre, en la familia, en las relaciones entre los grupos, las comunidades y las naciones, con consiguientes "desconfianzas y enemistades, conflictos y anarquías, de las que el mismo hombre es a la vez causa y víctima" (cf. *Gaudium et spes*, 8-10). Y finalmente el Concilio llega a la raíz cuando afirma: "Los desequilibrios que fatigan al hombre moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón del hombre" (*Gaudium et spes*, 10).

6. Ante esta situación del hombre en el mundo de hoy aparece totalmente injustificada la mentalidad según la cual el "dominio" que él se atribuye es absoluto y radical, y puede realizarse en una total ausencia de referencia a la Divina Providencia. Es una vana y peligrosa ilusión construir la propia vida y hacer del mundo el reino de la propia felicidad exclusivamente con las propias fuerzas. Es la gran tentación en lo que ha caído el hombre moderno, olvidando que las leyes de la naturaleza condicionan también la civilización industrial y post-industrial (cf. *Gaudium et spes*, 26-27). Pero es fácil ceder al

deslumbramiento de una pretendida autosuficiencia en el progresivo "dominio" de las fuerzas de la naturaleza, hasta olvidarse de Dios o ponerse en su lugar. Hoy esta pretensión llega a algunos ambientes en forma de manipulación biológica, genética, psicológica... que si no está regida por los criterios de la ley moral (y consiguientemente orientada al reino de Dios) puede convertirse en el predominio del hombre sobre el hombre, con consecuencias trágicamente

funestas. El Concilio, reconociendo al hombre de hoy su grandeza, pero también su limitación, en la legítima autonomía de las cosas sagradas (cf. *Gaudium et spes*, 36), le ha recordado la verdad de la Divina Providencia que viene al encuentro del hombre para asistirle y ayudarlo. En esta relación con Dios Padre, Creador y Providente, el hombre puede redescubrir continuamente el fundamento de su salvación.

LA DIVINA PROVIDENCIA Y EL CRECIMIENTO DEL REINO DE DIOS

AUDIENCIA GENERAL

1. Como en la anterior catequesis, hoy también trataremos abundantemente de las reflexiones que el Concilio Vaticano II dedicó al tema de la condición histórica del hombre de hoy, el cual por una parte es enviado por Dios a dominar y someter lo creado, y por otra él mismo es sujeto, en cuanto criatura, de la amorosa presencia de Dios Padre, Creador y Providente.

El hombre, hoy más que en cualquier otro tiempo, es particularmente sensible a la grandeza y a la autonomía de su tarea de investigador y dominador de las fuerzas de la naturaleza.

Sin embargo hay que hacer notar que existe un grave obstáculo en el desarrollo y en el progreso del mundo. Este está constituido por el pecado y por la certeza que supone, es decir, por el mal moral. De esta situación da amplia cuenta la Constitución conciliar "*Gaudium et spes*".

Reflexiona pues el Concilio: "Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios" (*Gaudium et spes*, 13). Por eso, como consecuencia inevitable, "el progreso humano, altamente beneficioso para el hombre, también encierra sin embargo una gran tentación; pues los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la humanidad está amenazado con destruir el propio género humano" (*Gaudium et spes*, 37).

El hombre moderno es justamente consciente de su propio papel pero "si... autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios, y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyen-

te alguno a quien se le escape la falsedad de estas palabras. *La criatura sin el Creador se esfuma...* Más aún, *por el olvido de Dios, la propia criatura queda oscurificada*" (*Gaudium et spes*, 36).

2. Recordemos primero un texto que nos hace captar la "otra dimensión" de la evolución histórica del mundo, a la que se refiere siempre el Concilio. Dice la Constitución: "El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución" (*Gaudium et spes*, 26). Superar el mal es al mismo tiempo querer el progreso moral del hombre, por el que su dignidad queda salvaguardada, y dar una respuesta a las exigencias esenciales de un mundo "más humano". En esta perspectiva, el reino de Dios que se va desarrollando en la historia, encuentra en cierto modo su "materia" y los signos de su presencia eficaz.

El Concilio Vaticano II ha puesto el acento con mucha claridad en el significado ético de la evolución, mostrando cómo el ideal ético de un mundo "más humano" es compatible con la enseñanza del Evangelio. Y aún distinguiendo con precisión el desarrollo del mundo de la historia de la salvación, intenta al mismo tiempo poner de relieve en toda su plenitud los lazos que existen entre ellos: "Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios. Pues los bienes de la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, en una palabra, todos los frutos excelentes de la naturaleza y de nuestro esfuerzo, después de haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y de acuerdo con su mandato, volveremos a encontrarlos limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo entregue al Padre, 'el reino eterno y universal; reino de verdad y de vida; reino de santidad y gracia; reino de justicia, de amor y de paz'. *El reino está ya misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará la perfección*" (*Gaudium et spes*, 39).

3. El Concilio afirma el convencimiento de los creyentes cuando proclama que "la Iglesia reconoce cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social: sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización y una solidaridad civil y económica. La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es 'en Cristo como sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano'. ... Pues las energías que la Iglesia puede comunicar a la actual sociedad humana radican en esa fe y en esa caridad, aplicadas a la vida práctica. No radican en el mero dominio exterior ejercido con medios puramente humanos" (*Gaudium et spes*, 42). Por ese motivo se crea un profundo lazo y finalmente una elemental identidad entre los principales sectores de la historia y de la evolución del "mundo" y la historia de la salvación. El plan de salvación hunde sus raíces en las aspiraciones más reales y en las finalidades de los hombres y de la humanidad. También la redención está continuamente dirigida hacia el hombre y hacia la humanidad "en el mundo". Y la Iglesia se encuentra siempre con el "mundo" en el ámbito de estas aspiraciones y finalidades del hombre-humanidad. De igual modo la historia de la salvación transcurre en el cauce de la historia del mundo, considerándolo en cierto modo como propio. Y viceversa: *las verdaderas conquistas del hombre y de la humanidad, auténticas victorias en la historia del mundo, son también "el substrato" del reino de Dios en la tierra*" (cf. card. Karol Wojtyła, *Alle fonti del rinnovamento. Studio sull'attuazione del Concilio Vaticano II*, LEV, Città del Vaticano, 1981, págs. 150-160).

4. Leemos a este propósito en la Constitución *Gaudium et spes*, "la actividad humana, así como procede del hombre, así también se ordena al hombre... Tal superación rectamente entendida es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse. El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Así mismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un planteamiento más humano en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos... Por tanto, esta es la norma de la actividad humana: que, de acuerdo con los designios y voluntad divinos, se conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación" (*Gaudium et spes*, 35; cf. también 59). Así continúa el mismo documento: "El orden social hay que desarrollarlo a diario, fundarlo en la verdad, edificarlo sobre la justicia, vivificarlo por el amor; pero debe encontrar en la libertad un equilibrio cada día más humano. Para cumplir todos estos objetivos, hay que proceder a una renovación de los espíritus y a profundas reformas de la sociedad. El Espíritu de Dios, que con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra, no es ajeno a esta evolución" (*Gaudium et spes*, 26).

5. La adecuación a la guía y a la acción del Espíritu de Dios en el desarrollo de la historia acontece mediante la llamada continua y la respuesta coherente y fiel a la voz de la conciencia: "La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales, que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad" (*Gaudium et spes*, 16).

El Concilio recuerda con realismo la presencia en la efectiva condición humana del obstáculo más radical al verdadero progreso del hombre y de la humanidad: el mal moral, el pecado, como consecuencia del cual "el hombre se encuentra íntimamente dividido. Por eso, toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Más todavía, el hombre se nota incapaz de dominar con eficacia por sí solo los ataques del mal, hasta el punto de sentirse como aherrojado entre las cadenas" (*Gaudium et spes*, 13). La del hombre es una "lucha que comenzó al principio del mundo y que durará, como dice el Señor (cf. Mt 24, 13; 13, 24-30, 36-43) hasta el último día. Metido en esta batalla, el hombre ha de combatir sin parar para adherirse al bien, y no puede conseguir su unidad interior sino a precio de grandes fatigas, con la ayuda de la gracia de Dios" (*Gaudium et spes*, 37).

6. Como conclusión podemos decir que, si el crecimiento del reino de Dios no se identifica con la evolución del mundo, sin embargo es verdad que el reino de Dios está en el mundo y antes que nada en el hombre, que vive y trabaja en el mundo. El cristiano sabe que con su compromiso a favor del progreso de la historia y con la ayuda de la gracia de Dios coopera al crecimiento del reino, hasta el cumplimiento histórico y escatológico del designio de la Divina Providencia.

EL PASO DEFINITIVO DEL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO: COMPROMISOS Y RESPONSABILIDADES DE LOS CRISTIANOS

HOMILIA DURANTE LA MISA CELEBRADA EN LA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

El domingo 12 de enero, fiesta del Bautismo de Jesús, Juan Pablo II celebró por la mañana la Misa en la Capilla Sixtina del Vaticano, y en el curso de la sacra liturgia administró el sacramento del bautismo a 42 niños. La mayoría eran italianos, aunque hablan también tres de Polonia y uno japonés (los padres de este último niño habían sido bautizados por Juan Pablo II durante la Vigilia Pascual de 1985). El Papa pronunció en italiano la siguiente homilía:

"El os bautizará con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3, 16).

1. En este domingo, que sigue inmediatamente a la solemnidad de la Epifanía, la Iglesia recuerda en la liturgia el bautismo del Señor en el Jordán. Esta efeméride ofrece a los cristianos el contexto espiritual para recordar su bautismo, mucho más si tiene lugar la administración de este sacramento, que representa la puerta de entrada en la comunidad eclesial.

Por esto, me siento feliz al acogerlos, queridos padres, padrinos y madrinas, en esta Capilla Sixtina, para celebrar con vosotros el Sacrificio eucarístico y conferir el bautismo a vuestros queridos niños. Se trata de una celebración que tiene un valor esencial, porque afecta a la función principal que su divino Fundador confió a la Iglesia: "Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mt 28, 19-20). La Iglesia vive y actúa en el mundo principalmente para esto: para dar a los hombres la salvación que nace de este sacramento, en virtud de la venida a nosotros de Jesús

Salvador, a quien hemos contemplado estos días en el misterio de la gruta de Belén y en su manifestación a los pueblos, con la solemnidad de la Epifanía.

En este marco religioso, os saludo a todos vosotros y a vuestros niños muy afectuosamente y, por medio de vosotros, quiero hacer extensivo mi pensamiento a todas las familias que hoy llevan a sus pequeños a las parroquias para que sean bautizados.

2. La liturgia propia de este domingo del Bautismo del Señor trae de nuevo a nuestra mente las profundas realidades espirituales relacionadas con este sacramento de la iniciación cristiana. Ante todo, nos recuerda la escena bíblica, en la que Lucas nos presenta a Cristo, en las aguas del Jordán, en el centro de una maravillosa teofanía: "En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre Él en forma de paloma, y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto" (Lc 3, 21-22). La voz del cielo es el signo de una revelación y de una intervención de Dios sobre Jesús, proclamado "Hijo suyo" y pre-

sentado con los rasgos de la misteriosa figura del Siervo de Yavé, anunciado ya como Mesías por Isaías, a quien hemos escuchado en la primera lectura: "Mirad a mi Siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero" (Is 42, 1). Efectivamente, en la teofanía del Jordán el Padre ante todo quiere presentar a Jesús como el Mesías esperado por las gentes, como el que abrirá los ojos a los ciegos y quitará las cadenas a los prisioneros. Con este fin el Padre lo ha colmado plenamente con su Espíritu de fuerza, y Juan Bautista lo señala como "el que puede más que yo" (Lc 3, 16).

Pero en esta teofanía bautismal el Padre, al proclamar solemnemente la divina filiación, y al dar la investidura formal a la misión salvífica de Jesús, sanciona el paso definitivo del Antiguo al Nuevo Testamento; del bautismo de Juan, con sólo agua y como signo externo, al bautismo de Jesús "con Espíritu Santo y fuego" (Lc 3, 16), como signo salvífico.

En efecto, el Espíritu Santo es el artífice principal en el bautismo cristiano: es el que abrasa y destruye el pecado original, devolviendo al bautizado la hermosura de la gracia divina; es el que transforma al hijo de las tinieblas en hijo de la luz, al esclavo del pecado en el libre ciudadano del reino de Dios. Efectivamente, como afirma San Basilio Magno: "Es el Espíritu Santo quien realiza la reintegración en el paraíso, la entrada en el reino de los cielos, el retorno a la adopción filial. Es El el que concede la santa audacia de llamar a Dios Padre, de participar en la gracia de Cristo, de ser llamados hijos de la luz" (De Spiritu Sancto, 15, 36).

3. Queridos hermanos y hermanas: ¡A qué altura y a qué dignidad nos eleva el sacramento del bautismo! "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de

Dios, pues lo somos", exclama a este propósito el Apóstol Juan en su primera Carta (3, 1). Y el Apóstol Pablo, el cantor de las maravillas del bautismo, como misterio pascual de muerte y de resurrección, nos habla de un segundo nacimiento y de una inefable filiación adoptiva por "el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo" (Tit 3, 5); dirigiéndose a cada uno de los bautizados, no duda en pronunciar estas solemnes palabras: "Ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero" (Gál 4, 7).

Esta filiación divina impone al bautizado compromisos y responsabilidades. Efectivamente, el sacramento del bautismo es el comienzo de un proceso espiritual destinado a transformar toda una vida. Es un don que exige cooperación en la acción salvífica, comunicada a cada uno de los cristianos por el fermento de la gracia sacramental. Por esto, implica una tensión continua y un compromiso personal para conseguir una madurez espiritual hasta la plena conformidad con Cristo. Se trata de vivir realmente como hijos de Dios: hacerse de hecho lo que ya somos de derecho por el bautismo.

A este propósito el Concilio Vaticano II, del que hemos recordado recientemente los 20 años de su conclusión, exhorta a todos los cristianos, dondequiera que vivan, a "manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo de que se revistieron por el bautismo" (Ad gentes, 11).

Acojamos esta exhortación y reafirmemos con renovado ardor de fe los compromisos que un día asumieron por nosotros nuestros padres, padrinos y madrinan con las promesas bautismales. Renovemos nuestra firme y ferviente adhesión a Cristo, y la voluntad de luchar contra el mal. Com-

prometeos con este espíritu ante la Iglesia por vosotros y por vuestros hijos, que recibirán ahora el sacramento de la fe, y entrarán a formar parte, con nosotros y como noso-

tros, de la comunidad de los que han sido "lavados, santificados y justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios" (1 Cor 6, 11). Así sea.

EL MISTERIO PASCUAL DE JESUCRISTO

HOMILIA DURANTE LA MISA CELEBRADA EL DOMINGO DE RAMOS, JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD

1. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel! ¡Hosanna en el cielo!" (Antífona de entrada).

Estas palabras se han proclamado precisamente hoy, el día en que la Iglesia celebra, cada año, este recuerdo: el Domingo de Ramos.

Estas palabras fueron pronunciadas con entusiasmo por los hombres que *habían ido a Jerusalén para la fiesta de Pascua*, como había ido también Jesús para celebrar su Pascua.

Según dice el texto litúrgico, estas palabras fueron proclamadas de modo particular por los jóvenes: "pueri hebraeorum". La participación de los jóvenes en el acontecimiento del Domingo de Ramos es ya una tradición. De ello da testimonio también la ciudad de Roma y, especialmente, esta plaza de San Pedro. Este testimonio ha sido particularmente significativo en los dos últimos años: el Año del Jubileo de la Redención y el Año Internacional de la Juventud.

2. Queridos jóvenes amigos: *Hoy estáis de nuevo aquí* para comenzar en Roma, en la plaza de San Pedro, la tradición de la Jornada de la Juventud, a cuya celebración ha sido invitada toda la Iglesia.

Doy cordialmente la bienvenida y saludo a todos los que habéis venido no sólo de Roma y de Italia, sino también de España, de Francia, de Suiza, de Yugoslavia, de Alemania, de Austria y de otros diversos países. Saludo a todos los aquí presentes. Y al mismo tiempo en vosotros saludo a todos los que no están aquí, pero que hoy —o en cualquier otro día del año, según las diversas circunstancias— manifiestan esta unidad que es la Iglesia de Cristo en la comunidad de los jóvenes. Por tanto, deseo saludar ahora a todos los que en todas partes —en cualquier país de los cinco continentes— celebran la Jornada de la Juventud. El punto de referencia para esta Jornada sigue siendo, como cada año, el Domingo de Ramos.

Os agradezco el hecho de haberos preparado a este domingo, aquí en Roma, con espíritu de recogimiento y oración, meditando el misterio pascual de Cristo, vinculado a la cruz y a la resurrección. Este misterio revela del modo más pro-